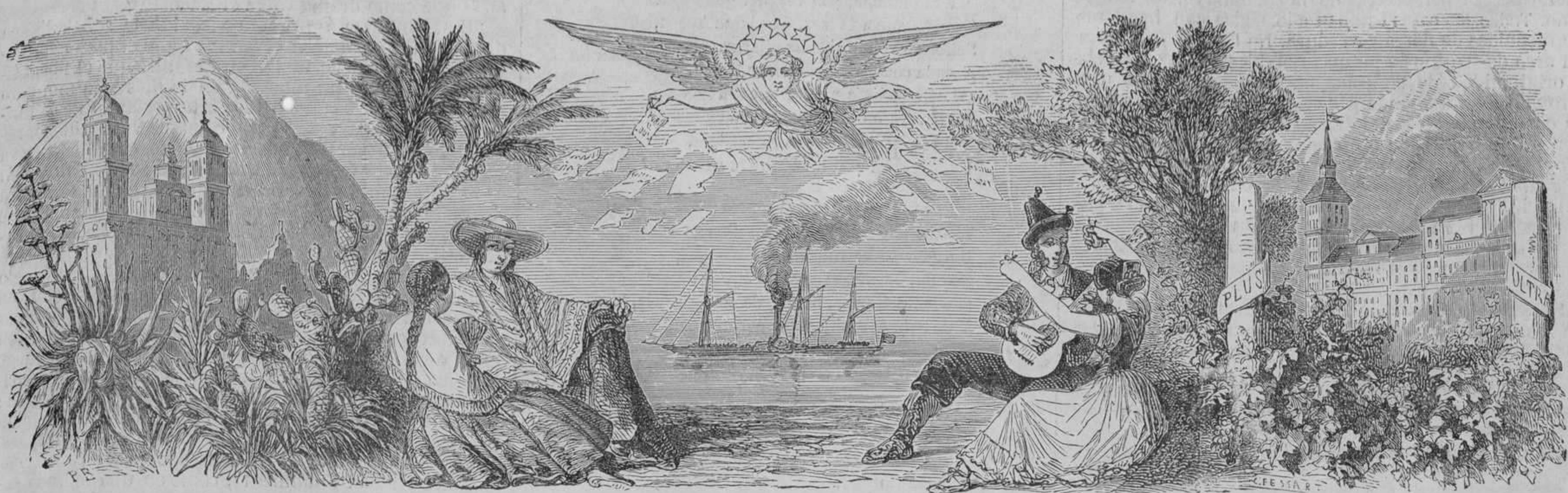


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 298.

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Entrada de SS. MM. II. en la ciudad de San Malo; grabado. — Fragmento de un poema intitulado *la Tyroncida*. — Estudios dramáticos. — Espectáculos escénicos. — Encajes regalados a la emperatriz Eugenia á su paso por Bayeux; grabados. — Revista de

Paris; grabado. — La feria de las vanidades. — Fiestas del 15 de agosto de 1858; grabados. — Una ovacion. — La reina Isabel en Valladolid; grabados. — Incendio de la Bolsa de Amberes; grabados. — Revista de la moda. — Amado Bonpland; grabado. — Vista de una de las puertas del Serapeum de Menfis; grabado.

El emperador y la emperatriz llegaron el 24 á Saint-Cloud, de vuelta de su viaje por la Normandía y la Bretaña. Continuando nuestra relacion de los episodios mas notables de este viaje, señalaremos hoy el recibimiento hecho á SS. MM. en Saint-Malo, adonde llega-



ENTRADA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ EN LA CIUDAD DE SAINT-MALO.

ron el 18. Las hermosas fortificaciones que defienden la ciudad por el lado del mar llamaron la atención del emperador.

A las seis y cuarto de la tarde SS. MM. llegaron á la puerta llamada *de Dinan*. Desde esa puerta elegantemente adornada se ofrecía á la vista un hermoso espectáculo por la perspectiva de la calle mayor de Saint-Malo. Todas las casas estaban adornadas con banderas y guirnalda de flores y verdura. No lejos de la puerta un arco de triunfo de los mas notables por la elegancia y originalidad de su construcción representaba una corona colosal sostenida por columnas que descansaban en dos buques (véase el dibujo de la primera página). Por un lado se leía: *Al emperador Napoleon III. La Gloria, Duguay-Trouin*; y por el otro: *¡A la emperatriz Eugenia! Grande Hermine, Jacques Cartier.*

La ciudad de Saint-Malo, justamente orgullosa de haber dado la luz á dos ilustres marinos franceses, había querido recordar en ese monumento improvisado el recuerdo de sus altos hechos y los nombres de los buques que inmortalizaron.

SS. MM. llegaron á la subprefectura á las seis, donde fueron cumplimentadas, y donde tuvieron lugar las recepciones oficiales. — Al día siguiente salieron para Rennes.

Fragmento de un poema intitulado

LA TURRONEIDA.

CANTO LXXXVI.

Lució por fin la suspirada aurora,
Del veinte y cuatro conduciendo el día.
Perlas de mazapan y almibar llova
Demostrando *dulcísima* alegría.
Al verla el astro que las cumbres dora,
En un *raylan* de nubes se escondía,
Y, efecto acaso del dolor profundo,
Se le fueron las aguas por el mundo.

No el áura susurrando entre las flores
Sus perfumes suavísimos llevaba,
Ni las quejas de cándidos pastores
Ni el canto de las aves imitaba;
Con ecos de gacnates vendedores
Las públicas orejas atronaba,
Y allá á lo lejos sin cesar rimbomba
El ronco son de impúdica zambomba.

Jamás con fuerza igual en la Crimea
El eco resonara por los valles,
Cuando llama el tambor á la pelea
Al hijo de Albion ó de Versalles,
Como aquí cuando el párvulo menea
Su redoblante parche por las calles.
Ven, Herodes, degüella á esos perversos
Y te diré *magnánimo* en mis versos.

Mas ¡ay! feliz edad que gozas tanto
En imitar la voz de la cigarra,
Con esa piel de pastoril encanto
Que venden bajo el nombre de chicharra.
¡Dichosa edad, que bañas en tu llanto
El traje que tu cólera desgarras,
Por montar de carton en un Babieca
O rascar del rabel la panza hueca!

Tú, que de tantas bocas pequeñuelas
El *caro* nombre de papá recibes,
Si en completa salud guardar anhelas
El ya flaco bolsillo de que vives,
No al pié de Santa Cruz pongas las suelas,
Que tus nenes allí serán caribes;
Déjate de comprarles baratijas;
Comprar novio es mejor para tus hijas.

¡Cuál unidas allí las artes bellas
Elevan infantiles monumentos!
A modo de artesones ó gamellas
Alzarse de papel los nacimientos:
Casas, pastores, magos y doncellas,
Y camellos y fuentes y jumentos,
Pegados bajan por distintos puntos
Al portal de Belen rodando juntos.

¡Os gustan esos montes y esas breñas,
Niñas, que tanto los estáis mirando?
Rubias, morenas, altas y pequeñas,
Mas vosotras á mí me vais gustando.
Venid, venid, hermosas Madrileñas,
De la Plaza Mayor al suelo blando,
Pulcras, haciendo ver, por miedo al agua,
Los blancos picos de la limpia enagua.

De la Plaza Mayor venid al centro,
Donde se alcanzan espléndidos montones,
Al oro por afuera y por adentro

Imitando naranjas y limones.
Saldrán de vuestros pasos al encuentro
Postizos pirineos de piñones,
Mientras con cuerda vil, preso y esclavo,
La tierra besa el inocente pavo.

Y tú también, ¡oh rey del gallinero!
Cuando ronca la voz, la pluma hueca,
Señor de veinte damas altanero,
A cada cual tuviste siempre hueca,
¿Quién pudiera pensar que vil logrero
Te llevara en Madrid de ceca en meca,
Y de ex-gallo el apodo te pusiera,
Y por capon ¡oh mengua! te vendiera?

De nuestra España el centro y los confines
Tienen allí cuanto su fama abona;
Duras, cual berroqueños adoquines,
Sus dulces masas remitió Jijona;
Granadas Murcia, honor de sus jardines,
Y de palmas gentil rubia corona;
Búrgos y Asturias regalado queso;
Toledo mazapan con oro y yeso.

Con sardinas Galicia en limpias latas
Nos mandó sus bucólicos hechizos;
Málaga con sus pasas y batatas,
Candelario en guirnalda de chorizos;
Las riberas al Bétis inmediatas
La oliva, honor de sus lozanos rizos;
La Mancha vinos y la Alcarria nueces,
Las selvas caza y los estanques peces.

¡Hélos allí! tendidos sobre nieve
Los hijos del imperio de los mares,
El purpúreo salmon, merluza leve
Y arjentadas sardinas á millares;
Tumba modesta les darán en breve
Paisanos en su vientre ó militares.
¿A quién en noche tal cenar no plugo
Con limon y laurel blanco besugo?

¿Visteis alguna vez astuto gato,
Cuando su rabo esponja y enarbola,
Andando en torno de cubierto plato,
Cuál le consuela su fragancia sola;
Y alza el hocico y olfatea un rato,
Y se lame los labios y la cola,
Y del hirviente caldo al dulce arrullo
Exhala melancólico maulló?

Tal quien vive en la tumba de cesante
Sin llenar un cincon del presupuesto,
Admira por detrás y por delante
Las bellezas sin fin de cada puesto;
Y contempla el mejor por un instante,
Y arrepentido pasa al mas modesto,
Y grita hiriendo con el pié las cuñas:
«¡Si tuviera un ministro entre las uñas!»

No hay amores allí; y en vano aliñas
De tus barbas ¡oh jóven! los pensiles;
Poco verás danzar graciosas niñas,
Huecas en faldas, cortas en abriles;
Campo es aquel de discusión y riñas
Y de graves asuntos mercantiles.
¿Redoblando el tambor en aquel corro
No veis de Venus ocupado al rorro?

Mas ya el sol alumbrando las veletas
Se baja á dar un beso al Manzanares;
Madrid de gas enciende los planetas
Y la noche pigmeos luminares;
Nacen do quier borrachos como setas;
Resuenan almireces á millares...
Musa, no soples mas; que ya me callo
Y á la misa á rezar me voy del gallo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Estudios dramáticos.

SHAKSPEARE.—MABBETH.

La idea de la expiación que se cierne sobre las tragedias de Esquilo y Sófocles, ofuscada en parte por sombras del fatalismo, se muestra realizada con terrible eficacia en esta obra de Shakspeare. Críticos de diversas escuelas, disgustados acaso del indecible abuso que de lo horrible se ha hecho, especialmente en nuestros días, han proclamado una doctrina poco acorde con las ideas vulgares, pero no por esto menos noble y elevada, y es la de que la mas completa tragedia sería aquella en que á los negros espectros del mal y á sus tremendos castigos se sustituyesen las luminosas armonías del bien: mas á pesar de lo admisible de esta doctrina y de que mas ó menos completamente se halla realizada en obras de los mejores poetas, creemos que (prescindiendo de la Atalía que lo encumbrado de su materia unido á la perfección artística coloca en una esfera especial) no

hay drama comparable al Macbeth del Cisne de Avou, y en paz sea dicho de aquellos que mas de cerca que nosotros pueden apreciar las bellezas de Filoctetes y de la Antígona, de los partidarios de la regularidad francesa y de los entusiastas nacionales ó forasteros de nuestros antiguos ingenios. Con perdon de los últimos diremos especialmente: ¿Quién nos dará un *Príncipe constante* que como drama valga el Macbeth?

¡Cosa singular á primera vista! Esta señaladísima obra de la imaginación inventiva halló el plan completamente formado en una oscura crónica que el poeta sigue paso á paso sin alterarla en lo mas mínimo, pero completándola, fecundándola, interpretando de la manera mas amplia y eficaz sus concisas indicaciones, reconstruyendo por el poder del genio el edificio cuya planta y cuyos restos quedaban en el suelo. Y no es en verdad de admirar que quien convertía en obra maestra dramática un sencillo cuento céltico ó italiano, sacase tanto partido del relato de Bucanan, notable é interesante por sí mismo.

La holgura del sistema que seguía dió lugar al poeta á que desarrollase este relato sin tener que sujetarlo á una forma dramática fijada de antemano; así despues de habernos dado á conocer los orígenes de la ambición en el débil corazón de Macbeth, nos la muestra luego halagada por las predicciones de las tres magas y excitada por los siniestros consejos de su pérfida esposa; presenta luego al buen monarca inmolidado; el temor sucediendo al remordimiento y dictando nuevos crímenes; la turbación mental de los usurpadores, la consternación del pueblo. Finalmente, como en una morada celeste, nace la restauración de la raza legítima en la corte de un rey santo; Macduff da cumplimiento á equivocadas predicciones, y el hijo de Duncan sube al trono de Escocia. Con la latitud del plan se concilia una verdadera unidad, solo infringida por alguna expresión cómica inoportuna y por las maliciosas ocurrencias del hijo de Macduff, poco acordes, á nuestro ver, con el carácter general de la composición. Innumerables son las bellezas; contentémonos con citar la del sorprendente maravilloso popular que engrandece la acción sin amortiguar la responsabilidad moral de los personajes; el carácter de Banco cuya inocente firmeza subyuga el ánimo inquieto de Macbeth; la parte que la naturaleza misma toma en la lamentable pérdida del monarca; aquel despedirse del sueño y aquel no acertar á decir *así sea* del criminal protagonista; el mutismo de los asesinos de Banco; el sonambulismo que mal grado la voluntad férrea de lady Macbeth da salida al remordimiento, y finalmente la viveza ó mejor el ordenado ímpetu con que marcha la acción.

Como muestra de diálogo preferimos un trozo de tono templado, sugerido también por la citada crónica, pero que es de lo mas bello que en su género puede concebirse, y que con ser un simple diálogo suspende la atención no menos que la acción mas sorprendente:

MALCOLM. — Busquemos algun solitario asilo donde las lágrimas puedan aliviar nuestra tristeza.

MACDUFF. — Antes bien empuñemos la espada vengadora, y á fuer de valientes cubramos con nuestras armas y salvemos de su ruina nuestra fortuna que yace en el polvo. Nuevas viudas, nuevos huérfanos alzan cada mañana al cielo sus gritos; cada día nuevos gemidos hieren el cielo, cuyas bóvedas responden como si se compadeciesen de los males de la Escocia, mostrando en diversos fenómenos los signos de su dolor.

MALC. — De los males de mi patria deploro los que creo; creo los que he sabido, y en cuanto pueda vengarlos y repararlos no dejaré de hacerlo al momento en que se me ofrezca una ocasión favorable. Lo que ayer me contásteis pudiera ser verdadero; sin embargo, el tirano cuyo nombre solo mancha la lengua del que lo pronuncia, fué en otro tiempo tenido por virtuoso. Vos mismo le habeis tiernamente amado, y ninguna ofensa os ha hecho todavía. Como soy jóven podríais á expensas mías hacerle un servicio de alguna importancia, pues se considera prudente sacrificar una débil é inocente víctima para apaciguar un dueño irritado.

MACD. — Yo soy un traidor.

MALC. — Pero Macbeth lo es. Una índole buena y virtuosa puede doblegarse á las órdenes de su monarca. Perdonadme, puesto que mis ideas en nada cambian lo que sois en efecto...

MACD. — He perdido mis esperanzas.

MALC. — Acaso son vuestras esperanzas las que han despertado mis sospechas. ¿Porqué habeis abandonado imprudentemente vuestra esposa y vuestros hijos, prendas tan tiernas, lazos tan poderosos de amor, sin despediros siquiera de ellos? Os ruego que en mis sospechas no veais un motivo de ofensa para vos, sino solamente precauciones para mi seguridad, ya que mis pensamientos no pueden hacerlos menos honrado ni virtuoso.

MACD. — ¡Muere, muere desgraciada patria! Tiranía, fortálécete en tus cimientos, pues la virtud no se atreve á reprimir tus furiosos. Y vos, sufrid con paciencia estas injusticias hácia vos mismo, porque su título de rey acaba de ser confirmado. Adios, príncipe; yo no quisiera ser el cobarde que sospechais, á trueque de todo el espacio de tierra que se halla en la mano del tirano, aun cuando se añadiesen todos los tesoros del Oriente.

MALC. — No os ofendan mis temores, pues lo que acabo de decir no nace de una confianza decidida contra vos. Estoy persuadido de que nuestra patria sucumbe bajo el yugo, que está inundada de lágrimas y de sangre, y que cada día añade nuevas llagas á sus primeras heridas. Creo también que mas de un brazo se armaría para sostener mis derechos, y la generosa Inglaterra se

hallaría pronta á ofrecermé millares de valientes soldados. Pero con todo, cuando yo hubiere conculcado bajo mis piés la cabeza del tirano, mi desgraciada patria sería víctima de males de toda especie causados por el hombre que sucedería al tirano.

MACD. — ¿Y quién sería este?

MALC. — Hablo de mí mismo... reconozco en mí todos los gérmenes del vicio tan profundamente arraigados, que cuando llegarian á desarrollarse el negro Macbeth parecería puro y blanco como la nieve, y sus desgraciados súbditos una vez entregados á mis vejaciones sin límites, le tendrían por un apacible cordero.

MACD. — ¡Ah! Jamás de todas las legiones infernales podrá salir un demonio más execrable y perverso que Macbeth, y que le sobrepuje en malicia.

MALC. — Confieso que es sanguinario, esclavo de la lujuria y de la avaricia, falso, mentiroso, caprichoso, cruel é infectado de todos los vicios que tienen nombre; pero mi inagotable pasión por el libertinaje es un abismo sin fondo... y mi pasión derribaría todos los obstáculos que la virtud opusiese á mis deseos. Macbeth vale más que semejante rey.

MACD. — Una intemperancia sin fin es una gran tiranía: ha despoblado antes de sazón á más de un trono feliz, y derribado una multitud de reyes: mas no por esto debéis dejar de encargáros de la corona que os pertenece...

MALC. — Con este vicio ha germinado también en mi desgraciada constitución una avaricia tan insaciable que si llegase á ser rey, haría cortar la cabeza á los grandes para apoderarme de sus tierras: desearía los joyeles de uno y el palacio de otro, y el acrecentamiento de mi riqueza no haría más que aguijonear mi pasión y hacerla todavía más fútil...

MACD. — La avaricia echa raíces todavía más profundas que la incontinencia, la cual á lo menos termina con el verano de la vida: la avaricia ha sido la espada que ha degollado á nuestros reyes. Sin embargo, no os alarméis todavía: la Escocia tiene dominios en bastante número, aun entre los que os pertenecen, para satisfacer vuestros deseos, y vuestros defectos acaso estén en cierta manera recompensados por otras virtudes.

MALC. — ¡Yo virtudes! ninguna hallo en mí: todas las que como otras tantas gracias adornan á un rey, justicia, franqueza, templanza, firmeza, bondad, perseverancia, clemencia, modestia, piedad, paciencia, valor, denuedo, ningún gusto siento por ellas, y antes bien tengo todos los vicios contrarios: en mi seno abunda el mal revestido de todas sus formas...

MACD. — ¡Oh Escocia, desgraciada Escocia!

MALC. — Si juzgáis que tal hombre sea digno de reinar, hablad: yo soy el hombre que acabo de pintaros.

MACD. — ¡Digno de reinar! no, ni siquiera de vivir. ¡Oh nación miserable, que sufres el yugo de un tirano usurpador, armado de un cetro ensangrentado! ¡Cuándo verás renacer tus días felices, puesto que el vástago legítimo de tu trono se maldice por su propia boca y blasfema su nacimiento! Vuestro padre era un santo y virtuoso rey; la reina que os llevó en su seno, mas tiempo de rodillas que en pié, vivía cada día como si hubiese sido el último de su vida. ¡Oh! adiós, yo os dejo: estos mismos horribles vicios de que acabais de acusaros me han desterrado de Escocia. ¡Oh corazón mio, aquí acaba de desvanecerse tu última esperanza!

MALC. — Macduff, este noble transporte, nacido de tu sincera lealtad, ha borrado de mi alma sus negras sospechas y reconciliado mis pensamientos con la opinión de tu fidelidad y de tu honor. El infernal Macbeth por mil artificios semejantes ha intentado ya seducirme y atraerme á su poder, y una sabia prudencia me precave de una credulidad precipitada. Pero que el Dios Supremo sea juez entre los dos. Desde este momento me abandono á tus consejos y retracto las calumnias que he proferido contra mí: abjuro todas las invectivas, todas las imputaciones que acabo de pronunciar como contrarias á mi carácter. Yo soy desconocido de la mujer; jamás perjuré; apenas he deseado mi propio bien; jamás he violado mi palabra: la primera mentira que ha salido de mi boca, acabas de oír: iba dirigida contra mí.

Parécenos que este diálogo por sí solo basta para refutar la paradoja de un moderno escritor que en Shakspeare solo reconoce pasión y fantasía, con completa ausencia de razón y de voluntad. A nuestro ver en el trágico inglés, gran pintor de cuyos cuadros se desprenden graves lecciones y enseñanzas, hay de todo: su teatro es un mundo en que debe saberse escoger. Así es que ha dado origen á muy diversas escuelas; y discípulos suyos son en cierta manera el escéptico y naturalista autor del Fausto, el de María Estuardo y Guillermo Tell, aquejado de la sed de ideal, el del Talisman y las Cárceles de Edimburgo; gran poeta moralista, y hasta el venerando compositor de los Novios y Carmagnola.

MANUEL MILA.

Espectáculos escénicos.

APLAUSOS Y SILBIDOS: APROBACION Y REPROBACION.

Para los que como nosotros se conducen de la inoportunidad con que algunas veces se prodigan los aplausos en los espectáculos escénicos, y la sinrazón con que en general se reprueban ó silban, vamos á echar una mirada retrospectiva á pueblos que ya no existen, y á generaciones que también desaparecieron.

De cuyo exámen, por fatálidad, habremos de deducir

que estos desmanes y estos excesos son inherentes á la naturaleza humana, pues los vemos en todos los países y tiempos, influyendo sin embargo notablemente en el mayor ó menor abuso de esta controvertible facultad, que algunos espectadores creen adquirir, según doctrina de Boileau, al pagar la entrada al espectáculo, el clima, las costumbres y la ilustración de los espectadores, y que solo con la educación y moralidad de los pueblos pudieran regularizarse algún tanto estas demostraciones.

Los escritores antiguos, por lo común, unen las aclamaciones con los aplausos, porque en ciertas ocasiones se hacía á la vez uso de la voz y de las manos. Sin embargo, había una notable diferencia de las unas á las otras. La aclamación se hacía con la voz, y el aplauso con el gesto y con las manos. Las aclamaciones se hacían estuviere ó no presente el objeto aclamado, mientras que los aplausos con las manos no se daban sino delante de la cosa aplaudida.

Por otra parte, mientras no tiene duda que las mujeres unían sus voces á las de los hombres para aclamar, se ignora todavía si tomaban parte en los aplausos expresados con las manos.

También solían los griegos demostrar su respeto ó admiración á una persona distinguida, cuando se presentaba en la escena, arrojándole cuanto tenían á mano de mas precioso, como flores, gorros ó sombreros—*pilion, petasus*, —capas, —*clamides*, etc.; y triste recuerdo tenemos de esta costumbre de aplaudir, en la catástrofe del célebre legislador Dracon, que murió sofocado en el teatro de Atenas, bajo el peso de todas aquellas exageradas demostraciones de afecto.

Los romanos practicaban lo mismo con aquellas personas á las que querían dar una muestra de respeto. Los caballeros romanos, dice Suetonio, solían levantarse cuando el emperador Claudio entraba en los espectáculos. *Quin et spectaculis advenienti Claudio assurgere solebant equites*. Y Plutarco refiere que el pueblo romano, queriendo reconocer los servicios de Sertorio, le recibió en el anfiteatro con numerosos aplausos.

Habiendo Virgilio recitado sus versos al pueblo romano reunido en el teatro, todo el auditorio se levantó como un solo hombre, dándole con esto una prueba igual de respeto á la que acostumbraba demostrar al mismo Augusto cuando se presentaba en los espectáculos.

En un principio los aplausos teatrales no consistían mas que en gritos confusos, inocentes y sencillas expresiones de la pública admiración: *plausus tunc arte carebant*, como dice Ovidio. Pero bajo los emperadores, y especialmente en el reinado de Augusto, aquella confusa gritería se llegó á regularizar. Un cantor daba el tono, y el pueblo unido en coro repetía alternativamente la fórmula de las aclamaciones. El último actor que ocupaba la escena daba la señal al pueblo de aplaudir con las palabras *valete, et plaudite*, pasado bien y aplaudid; especie de fórmula con que terminaban las mas de las composiciones dramáticas, como las de Terencio y otros.

La pasión de Neron por la música era tanta, y se creía tan sobresaliente en este arte, que tocaba la lira en el teatro delante de todo el pueblo. Algunos jóvenes de las familias mas distinguidas se colocaban en diferentes puntos del anfiteatro para repetir los aplausos que daban los corifeos, y muchos soldados pagados para esto se mezclaban con el pueblo, á fin de que el príncipe oyese un concierto unánime de aplausos.

Estos pasaron del teatro á las legiones, también al senado, y últimamente á los templos, interrumpiendo á veces el auditorio al orador sagrado con aclamaciones, cuya costumbre deseaba quitar san Juan Crisóstomo, fundado en que, como decía san Gerónimo, *el llanto de los oyentes es el verdadero elogio del orador cristiano*.

El mal uso de silbar las piezas dramáticas y á los que las representan, lo heredaron igualmente los teatros modernos de los antiguos, porque, con raras excepciones, en todos se pagaba también para entrar en ellos.

Suetonio dice que el actor Pilades fué silbado en los teatros de Roma, y porque señaló con el dedo al que le había silbado, llamando sobre él la atención del público, Augusto le desterró de aquella ciudad y de toda Italia.

En aquel mismo teatro silbó la plebe romana á una famosa cómica llamada Arbúscula, celebrada por Ciceron, la que dice Horacio que respondió con mucho desenfado: «Bástame á mí que me aplaudan los caballeros — *equiti*, — que los demás no les estimo en lo que piso.»

No silbaban menos en Roma á un actor que hacía una acción inoportuna, como lo afirma el mismo Ciceron, que al que se equivocaba en la pronunciación de un verso. La costumbre de asistir á los espectáculos había hecho aun al pueblo bajo tan delicado, que notaba y criticaba hasta las inflexiones y consonancias alteradas cuando se repetían con alguna frecuencia.

Había también la costumbre en Roma, que refiere Plauto en el prólogo á su *Amphitruon*, de que los actores formaran su pandilla particular para que les aplaudieran en todo, mientras que silbaban á los otros sin ley y sin razón.

En el renacimiento de los espectáculos dramáticos parece que no se conoció, ó á lo menos no se hacía uso de esa supuesta libertad de silbar á los actores con pitos, silbatos y llaves huecas que despues se introdujo. En efecto, Lope de Vega, en la comedia *Los amantes sin amor*, pone en lugar de prólogo un discurso titulado: *El teatro á los lectores*, y este se queja de que le silban sus comedias. «Solían, dice, no ha muchos años, irse de mis bancos tres á tres y cuatro á cuatro cuando no les agradaba la fábula, la poesía, ó los que las recitaban, y

castigar con no volver á los dueños de la acción y de los versos. Ahora, por desdichas mías, es vergüenza ver á un barbado despedir un silbo, como pudiera un pícaro en el Coso, y otro pensar que es gracia tocar un instrumento con que pudiera en sus tiernos años haber solicitado cantar tiple.»

Sin embargo, este predominio del patio y de la caza se conocía en España á principios del siglo XVII, pues en el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas, que imprimió en 1603, ya se quejaba de estos abusos diciendo:

Desdichado del autor
Que aquí como el sastre viene
Con farsas aunque sean buenas,
Que ha de errar cuando no yerre.
Pues si uno no habla tan presto
No falta quien dice: «vete,
» No te vayas, habla, calla,
» Entrate luego, no te entres.

Por los años 1614, hablando Cervantes de sus comedias y ponderando que fueron bien recibidas, dice: «Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron sin que se las ofreciese ofrenda de pepinos, ni otra cosa arrojada; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahundas.»

Pero el tiempo en que con jurisdicción omnimoda ejercía el populacho de Madrid este imperio, fué á mediados del siglo XVII, según atestigua don Juan de Caramuel. Habla este ilustrísimo de la casta de gente de que se componían los *mosqueteros*, ó turba multa, y dice que constaba de sastres, carreteros, zapateros, aldeanos, etc.

Añade Caramuel que por los años 1650 era capataz y caudillo de los *mosqueteros* un tal Sanchez, zapatero de viejo, á quien los poetas procuraban tener contento y propicio. Sucedió, añade, que uno de los mas ingeniosos había compuesto una comedia que, admitida por uno de sus actores, había de representarse por los mas hábiles comediantes; y temeroso de la insolencia de los *mosqueteros*, determinó visitar al señor Sanchez y dejar su causa en manos de su benignidad. Con este fin buscó á un conocido, que lo era del fulminante zapatero, y acompañado de él le hizo la visita, y con modo y palabras corteses le informó de que aquella comedia era el primer parto de su ingenio, y que de ella dependía su fama y estimación futura. Oyó el remendon con un sobrecejo digno de la severidad de Catón mismo al poeta, y le despidió con estas formales palabras: *Vaya vuesa merced muy consolado, y esté seguro que se le hará justicia*.

Este caso, añade Caramuel, lo supo de boca del amigo, á quien nombra, que acompañó al poeta novel á ver al remendon.

A este intolerable popular dominio aludió otro poeta anónimo de aquellos tiempos diciendo:

Pero que han vuelto ya los zapateros
Otra vez á las leznas: arrogante
E impla nación, cuando eran mosqueteros,
A quien solos poeta y comediante
No han sabido ablandar con mil plegarias,
Ni con alegre y misero semblante
Y el remendon descansé del calzado
Y vuelva á ser tonante mosquetero
Y contra el mal poeta rayo airado.

Con las palabras francesas *claque* y *claqueur*, que corresponden á las españolas palmada, palmoteado, expresan nuestros vecinos unos palmoteadores de oficio, gente venal y pagada, dispuesta á aplaudir en los teatros todo lo que dispone el que los ha comprado.

Esta pandilla está organizada de una manera que obedecen en un todo á un jefe, con el que se entienden los que desean servirse de los *claqueurs*, palmoteadores ó aplaudidores de oficio; sea para dar importancia ó realzar una obra lírica, dramática ó coreográfica, ó para que adquiera nombradía un determinado artista, particularmente del bello sexo.

Llámaselos *claqueurs*, como hemos dicho, por su oficio de palmotear ó aplaudir, y también son conocidos con los nombres de *caballeros de la araña*, por el lugar debajo de ella que suelen ocupar en el teatro, y *romanos* con alusión á aquellos miserables *claqueurs* ó aplaudidores que, según dijimos, Neron y otros pagaban en Roma para un objeto análogo.

La exclamación italiana *bravo*, que algunos dicen se deriva de la latina *bravium*, premio de la victoria, y que equivale á la española bueno, excelente, es la que casi todas las naciones civilizadas han admitido para expresar la admiración que causa un artista que sobresale en su arte, particularmente en el género lírico.

En el teatro el bravo se dirige unas veces al cantor, otras al compositor, y en ciertas ocasiones á entrambos.

Los italianos hacen en esto una distinción muy notable, aplicando un *bravo maestro* al compositor cuando la música agrada, y el canto ó la ejecución de los cantores no es como corresponde:

Otras veces el *bravo* va acompañado del nombre del cantante, y suele hacerse cuando agrada la ejecución y no están satisfechos del compositor.

Y últimamente, cuando los espectadores conocen que el compositor ha tomado un trozo de música de algún maestro anterior, dan á entender que han conocido el plagio, añadiendo á los *bravos* el nombre del primer compositor.

V. JOAQUIN BASTUS.

Encajes regalados á S. M. la emperatriz Eugenia á su paso por Bayeux.

En Bayeux y en el distrito de ese nombre se fabrican, por diez mil obreras, los ricos encajes que han merecido á esa localidad la gran medalla de honor otorgada por el jurado internacional en la Exposición universal de 1855. (Es de advertir que se concedieron solo dos grandes medallas de honor en el ramo de encajes; la primera para la ciudad de Bayeux, y la segunda para el reino de Bélgica.)

En conformidad á una costumbre antigua, el consejo municipal de Bayeux quiso regalar á S. M. la emperatriz Eugenia una magnífica muestra de la importante industria que enorgullece á esa ciudad, como la expresión de los sentimientos de respetuosa simpatía del país, y como una prueba de la inmensa superioridad que poseen los encajes de Bayeux sobre todos

los productos del mismo género. El distrito, mediante una suscripción, quiso contribuir á esa ofrenda de un carácter eminentemente nacional.

El día 4 de agosto, á la una de la tarde, cuando llegaron SS. MM. al embarcadero, presentaron los encajes á la emperatriz en nombre de la ciudad y del distrito de Bayeux.

Esta parte del programa de la recepción hecha á SS. MM. II. tuvo lugar en medio de una muchedumbre inmensa que se calcula estaba formada por más de veinte y cinco mil personas.

Seis jóvenes, acompañadas de veinte más, llevaban el canastillo que encerraba los encajes. Este grupo encantador, como dijo S. M. la emperatriz, se componía de las hijas de los principales funcionarios y de jóve-

nes obreras de encajes que obtuvieron medallas en la Exposición universal; varias de ellas llevaban el bonito y pintoresco traje normando, y el gracioso tocado que durante tanto tiempo ha contribuido á dar reputación de hermosura á las hijas de Bayeux. La bandera de honor concedida á la ciudad en la Exposición universal era llevada delante del canastillo.

El canastillo, cuyo dibujo damos aquí, y que tenía cerca de un metro de alto, fué preparado en París por M. Augusto Lefebure: su aspecto era rico y gracioso al mismo tiempo.

La parte superior, en la cual estaban las almohadillas que contenían los encajes, era de tafetán color de rosa rizado, calado y sembrado de rosas del mismo color.

bricación de Alençon el brillo maravilloso de los antiguos encajes de Venecia.

Este pañuelo, que puede considerarse como el modelo de la perfección en la industria de los encajes, era de una finura tal que todo se resume en estas palabras: el hilo que ha servido para su confección se compró á 650 francos el hectógramo, ó sean 6,500 francos el kilógramo.

La confección de semejante pieza, digna á la verdad de una emperatriz, exige el trabajo asiduo de ocho obreras durante cerca de un año; por eso se ha dicho con razón que era una obra de hadas.

Damos el dibujo de una parte de este pañuelo, reducido á la mitad de su tamaño.

G. V.



CANASTILLO REGALADO A S. M. LA EMPERATRIZ POR LA CIUDAD DE BAYEUX.

El canastillo propiamente hablando, todo de hilillo de oro, contenía flores naturales.

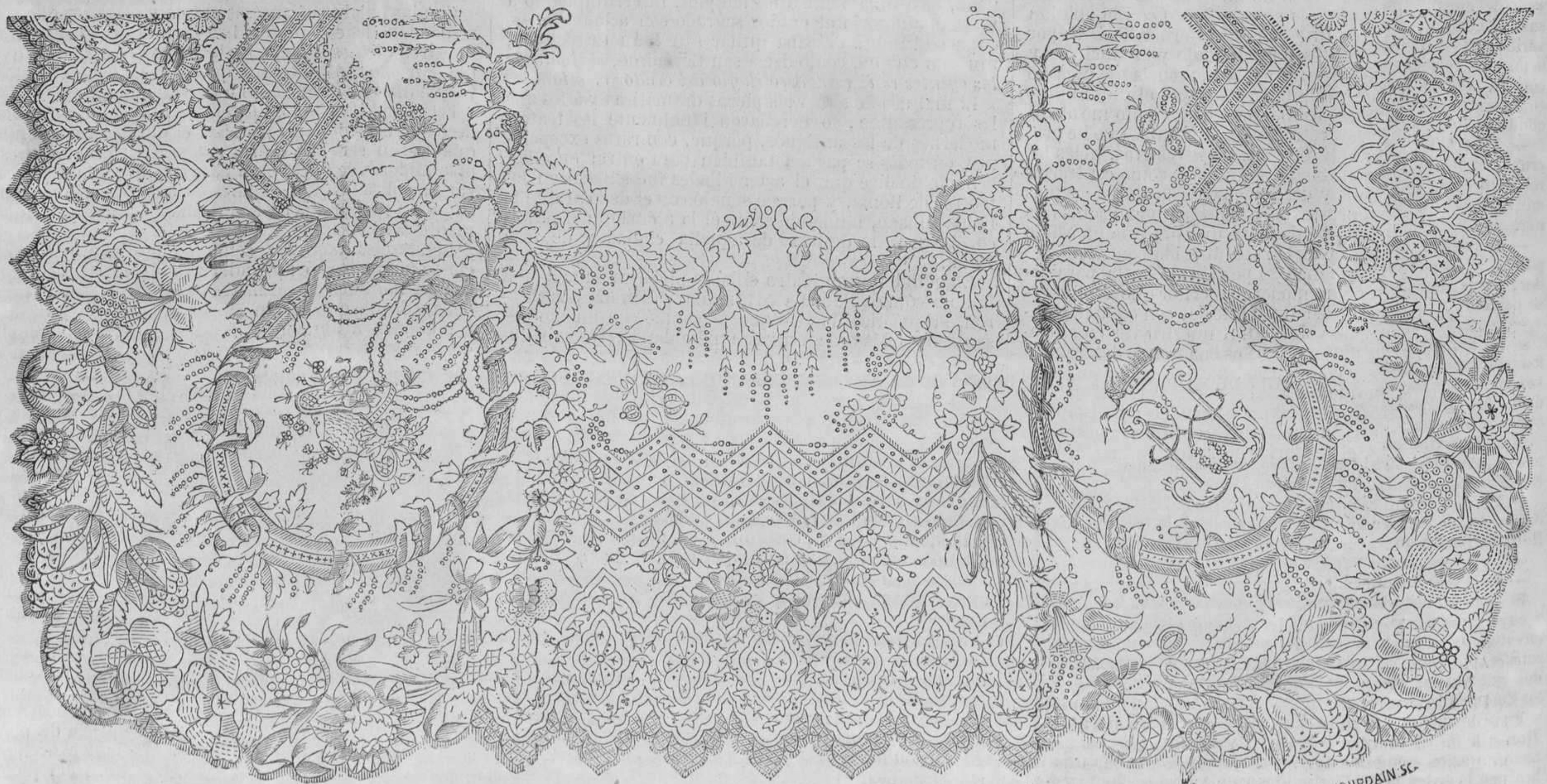
Dos almohadillas de moaré blanco, adornadas con borlas, contenían los encajes con inscripciones y dedicatorias en letras de oro.

Los encajes se componían:

1º De un volante de seda negro, objeto tan notable por la finura del punto como por la elegancia y la riqueza de la ornamentación. Este objeto sale de la manufactura de los señores Augusto Lefebure é hijo;

2º De una punta de seda negra suministrada por M. Adolfo Pagny; pieza notable por la finura é igualdad extraordinaria del trabajo.

3º De un pañuelo de punto de Bayeux; producto de una industria recién creada en esa ciudad por los señores Lefebure é hijo, y que reúne á las suntuosas riquezas de la fa-



PAÑUELO DE PUNTO DE BAYEUX, REGALADO EN EL CANASTILLO Á S. M. LA EMPERATRIZ.

A. JOURDAIN SC.

Revista de Paris.

Durante la travesía de SS. MM. el emperador y la emperatriz de los franceses de Cherburgo á Brest á bordo del navio *Bretaña*, se dió en el mismo buque un baile de marineros y grumetes, que fué presenciado con repetidas muestras de satisfacción por los augustos viajeros en cuyo honor se daba. Después hubo un banquete servido á los marinos por los criados del emperador. La emperatriz Eugenia vestida de piqué blanco quiso visitar el navio en todas sus partes, y bajando al lugar que ocupan las calderas, entregó al fogonero mayor, delante de los hornillos que estaban encendidos, la cruz que el emperador acababa de concederle. Al volver sobre cubierta S. M. llevaba en su vestido blanco las señales de aquella visita á las máquinas del navio, y la tripulación la saludó con las aclamaciones mas entusiastas. Unánimemente los marinos de la flota francesa la proclamaron gran *almiranta de Francia*, capricho á que se prestó S. M. con su afabilidad característica. — En esta página ofrecemos á nuestros lectores el cuadro del baile de los marinos á bordo del *Bretaña*, y en las páginas 184 y 185 publicamos dos grandes dibujos relativos á las fiestas del 15 de agosto, sobre las cuales nada diremos hoy, refiriéndonos á los pormenores que se encontrarán en nuestra *Revista* del núm. 295.

La explotación de la vanidad humana constituye en Paris una industria muy lucrativa. Sin embargo, suele tener sus tropiezos, como lo prueba el hecho que vamos á referir divulgado por los periódicos judiciales de la semana.

Un especulador afortunado en la Bolsa tenia grandes deseos de adornar el ojal de su levita con una condecoracion cualquiera. Un amigo le indicó un notario privado del ejercicio de sus funciones por varios delitos, el cual le puso en relaciones con un sugeto que se daba el nombre de conde de Bellefonds.

— Tendrá Vd. la cruz, le dijo este, pero es preciso hacer un adelanto de dinero.

— Corriente, respondió el especulador; ¿qué derechos se pagan?

— Dos mil francos. — En hora buena, una vez que se me hayan dado las garantías correspondientes.

Aquí intervino un nuevo personaje, otro conde titulado de San Mauricio, y que es en realidad el hijo de un pobre librero.

— Yo soy, le dijo este individuo, el historiador de la orden de los Cuatro Emperadores de Alemania y de la del Leon de Holstein Limburgo; ¿cuál de las dos le conviene á Vd.?

— La de los Cuatro Emperadores.

— Es la mas honorífica.

El supuesto historiador, que usaba muchas condecoraciones y cuya mesa estaba cubierta de pergaminos y blasones, supo envolver de tal modo al bolsista, que este quedó enteramente satisfecho, y con la mayor candidez del mundo entregó los dos mil francos por el diploma de caballero de la orden de los Cuatro Emperadores.

Pero hé aquí que al pasar á la cancillería de la Legion de Honor á fin de solicitar la licencia competente para usar la condecoracion que habia adquirido, vino á saber con asombro que la orden de los Cuatro Emperadores habia cesado de existir hacia mucho tiempo.

Nuestro hombre acudió inmediatamente á la policía, y se procedió á una investigacion á cuyo beneficio se ha descubierto que existe una sociedad en Paris, con ramificaciones en Londres, Bruselas, Madrid, Roma, Florencia y Parma para proporcionar pergaminos, genealogias, títulos, diplomas, dignidades honoríficas, distinciones académicas, etc., etc., á las personas que desean figurar en el mundo.

A mayor abundamiento se ha sabido que hay en Paris muchas casas en donde se explota por el mismo estilo la vanidad pública, y sus directores se llaman historiágrafos, cronólogos, heráldicos ó genealogistas. Estos hombres, mediante una cantidad determinada, escriben la biografía de un cualquiera, dándole antepasados ilustres y procurándole al mismo tiempo un título ó condecoracion. Sin embargo, hay algunos

además habiendo nombres propios, el interior de la familia debe ser sagrado para nosotros, y así es que comenzaremos nuestros detalles cuando la lucha intestina deja su carácter privado y se hace pública.

Sir E. Bulwer exasperado hasta lo sumo últimamente por la persecucion tenaz de su señora, de quien vivia separado ya, juzgó útil encerrarla en una casa de locos, y la citó en casa de uno de sus amigos bajo pretexto de entenderse con un abogado para aumentar la pension que la tiene señalada. Allí en vista de la certificacion de dos médicos la mandó prender y llevar á un establecimiento cerca de Brentford. El marido fundaba su acusacion de enagenacion mental en la conducta de lady Bulwer cuando se presentó como candidato en las últimas elecciones, y sobre todo en el lenguaje y los sentimientos

contenidos en la última obra que ella ha dado á luz, y donde le ataca con un encarnizamiento y una ferocidad increíbles.

La historia de la eleccion es curiosa y muy nacional, pues seguramente no puede suceder una cosa por el estilo en ningun otro pais que la Inglaterra.

Los triunfos de Bulwer como hombre político y como escritor son otros tantos motivos de aborrecimiento y de celos por parte de lady Bulwer. Cuando las elecciones, sabedora de que su marido se presentaba de candidato, anunció que hablaría en Hertford contra él y en favor de su enemigo.

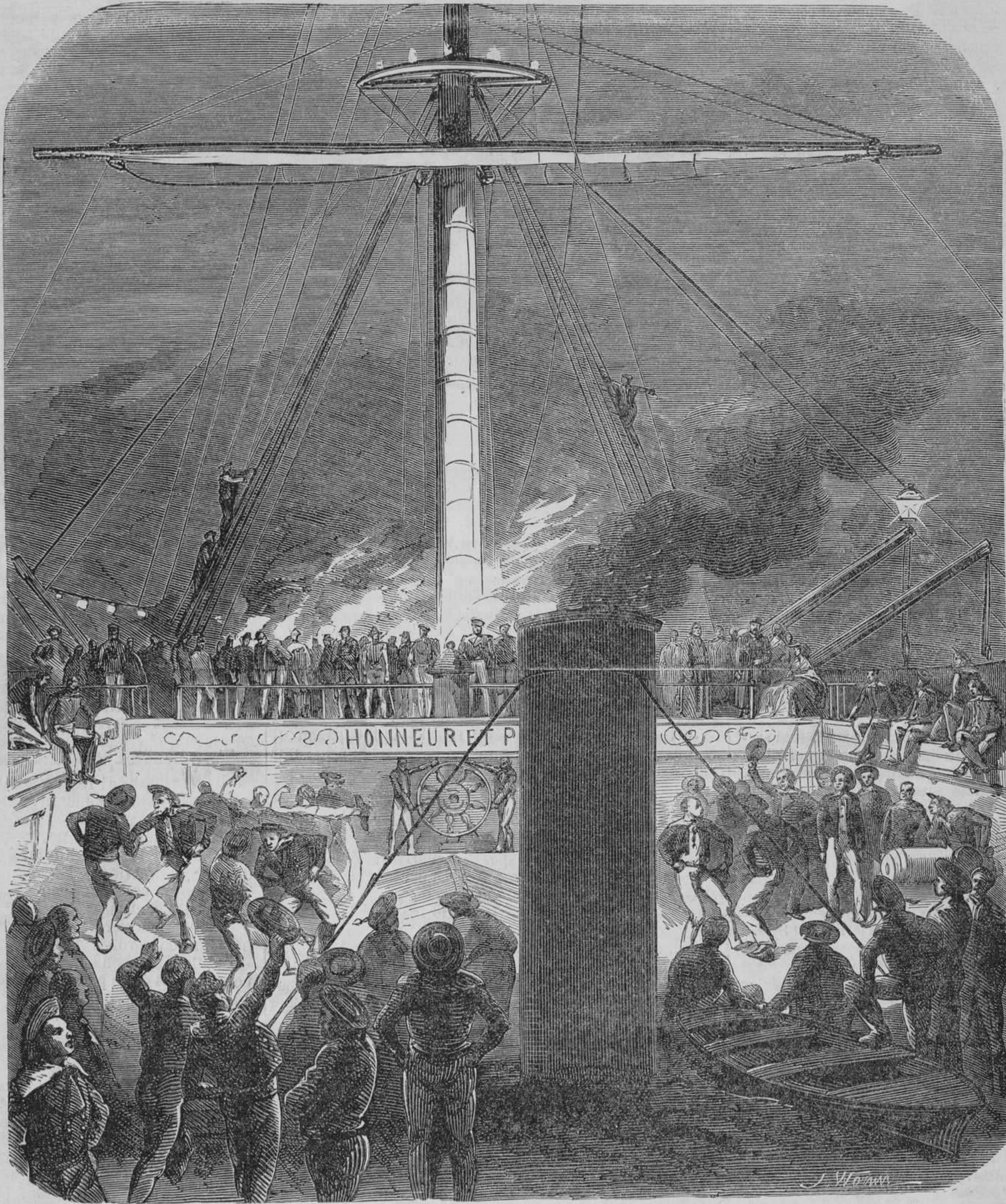
Fácil es comprender el efecto que debió producir en el corazon turbado de sir Bulwer el cartel que contenia este anuncio pegado en todas las paredes de Hertford y aun en los árboles del camino. Se aconsejó de sus amigos, y tanto le amedrentó esta amenaza que su primera idea fué retirarse de la lucha; pero su agente se comprometió á neutralizar el golpe, y entonces consintió en presentarse ante la muchedumbre que se agolpa siempre al pié de los hustings dispuesta á reirse de las peripecias de la lucha electoral.

La escena es interesante bajo muchos conceptos; los oradores no se limitan á tratar de la vida pública, sino que penetran en los incidentes de la vida privada de los infelices candidatos, á quienes combaten con toda clase de armas; y todavía deben agradecer que á las burlas y á los insultos no se añadan los proyectiles de plazuela para dar mayor fuerza á las frases.

Decimos todo esto para que se comprenda lo que debia sufrir el pobre sir Bulwer amenazado nada menos que por milady.

A las nueve de la mañana entraba en la ciudad de Hertford una silla de posta tirada por cuatro caballos, que al pasar por las calles donde se apiñaba ya la gente, dejaba ver por las portezuelas entreabiertas una cabeza femenina coronada con una hermosa diadema de trenzas de pelo negro; un rostro de una belleza notable, unos ojos negros y expresivos, y una mano tan blanca, que como dice un testigo ocular, avergonzaba al pañuelo de fina batista que llevaba fuera del coche para que sirviera de señal á los amigos de la justicia convocados por milady mediante una circular que se habia distribuido con profusion durante la semana precedente.

Con efecto, los partidarios de la señora habian acudido en crecido número, y el de curiosos se aumentaba á medida que se iba acercando la hora de la abertura de los hustings.



BAILE DE MARINEROS Á BORDO DEL NAVIO LA BRETAGNE, DURANTE LA TRAVESÍA DE SS. MM. DE CHERBURGO Á BREST.

que tienen á su disposicion órdenes insignificantes creadas por los pequeños príncipes de Alemania ó de Italia, y proceden con cierto método en la distribucion de sus favores. Pero los mas cuentan solo con su ingenio, falsifican firmas, sellos y diplomas, y á veces inventan nuevas órdenes, como por ejemplo la de «Don Juan de Nicaragua.»

La policía continúa sus investigaciones sobre este asunto, y es de creer que los resultados abundarán en declaraciones curiosas.

En cuanto á escasez de noticias, la semana que acaba de trascurrir es una verdadera semana de verano. Por esta causa de fuerza mayor vamos á hacer una pequeña excursion al extranjero, donde nos llama una ruidosa contienda conyugal de que está siendo víctima uno de los hombres mas notables de Inglaterra, sir E. Bulwer; revelamos su nombre, porque corre unido á los pormenores que vamos á referir por todos los periódicos de Europa.

La historia de esta guerra doméstica es larga de contar;

Los amigos de sir E. Bulwer le prodigaban consuelos á porfia, y se armaban (á su costa) del valor necesario para la lucha en la taberna de *White-Hart*, donde él había parado.

Sin embargo, un terror pánico se había apoderado de ellos, pues el *White-Hart* se hallaba rodeado de muchos enemigos que les lanzaban por los balcones algunas citas crueles de las novelas de milady como exordio de las que habían de oír cuando se pronunciaran los discursos.

Afortunadamente lady Bulwer en su impaciencia femenina cometi6 la torpeza de enviar á la fonda para saber á qué hora debía tomar la palabra el honorable candidato.

Una idea luminosa cruzó por la mente de uno de los amigos de este último, que respondió:

— A las doce en punto.

Y un minuto despues toda la reunion salió en masa por la puertecilla falsa del huerto que desembocaba en el camino, y se fué inmediatamente á los hustings.

Serian entonces las once menos cuarto y se declaró abierto el palenque. Se habló, se gesticuló, hubo recriminaciones é insultos por ambas partes; pero Bulwer estuvo tan afortunado, que á las doce menos diez minutos bajó de los hustings aclamado por la muchedumbre, que le proclamó vencedor en la lucha y le nombró representante de la ciudad de Hertfort, justamente cuando la silla de posta que conocemos ya, entraba por el otro lado de la plaza donde se había elevado el tabladillo sobre el cual acababa de hacer prodigios de elocuencia.

Dicen que el candidato estuvo á punto de desmayarse cuando vió que su mujer salía del coche y subía las gradas de los hustings. Sus amigos le rodearon en aquel momento crítico, y le sacaron de la plaza dejando el campo libre á su enemiga.

Viéndose engañada, la pobre milady no pudo hacer mas que burlarse del chasco que la habían dado. Pronunció un discurso furibundo denunciando á su marido, á su hijo, á su hermano político y á todos los miembros vivos ó muertos de esa familia maldita; — hizo las revelaciones mas extraordinarias sobre las costumbres de su esposo; — atacó y ultrajó al nuevo embajador en Constantinopla sir H. Bulwer, y terminó con estas palabras relativas á su marido: «Se dice que le van á nombrar secretario de las Colonias; obrando así, el gobierno le hace una justicia tardía, pues hace mucho tiempo que habría debido ser enviado á las colonias (á presidio) á costa del gobierno...»

Aquí fué interrumpida por los murmullos de la muchedumbre, que no consiente se traspasen ciertos límites, y milady se volvió al coche con los ojos lanzando llamas y el corazón rebosando ira.

Desde ese dia comenzó á escribir una cuarta novela, especie de respuesta á la que ha dado á luz últimamente sir Bulwer, una obra maestra en cuanto á sentimiento y estilo.

Esta nueva elucubración de milady, digna bajo todos conceptos de las anteriores, contiene los retratos en caricatura de todos los miembros del gobierno actual; despues de sir E. Bulwer figuran en ella principalmente lord Derby, M. Disraeli y lord Malmesbury.

Hé aquí porqué sir E. Bulwer exasperado hasta lo sumo resolvió apelar á medidas extraordinarias, como hemos dicho al principio de esta relacion, pero aquí se embrolla el asunto.

La vigilancia nacional del inglés se despierta sobresaltada, y no había pasado milady veinte y cuatro horas en su encierro, cuando ya se hallaba formado un comité compuesto de los principales habitantes del punto en donde reside lady Bulwer, para deliberar sobre el estado imperfecto de las leyes del país que permite atentar á la libertad individual, sin mas garantía que una certificación de dos médicos, sin apoyo ni decision de juez y de jurado.

La noticia cunde por el país y le turba y le agita. El *Times* desenvaina la espada, y seguido de toda la prensa, llama á los ciudadanos á defender las libertades individual y nacional atacadas en la persona de lady Bulwer. Se convocan meetings, se eligen presidentes, y se forman diputaciones encargadas de representar contra el abuso.

Dos dias despues el periódico susodicho publica una carta firmada por el hijo de Bulwer, joven recomendable en la alta sociedad inglesa, carta en que anuncia al mundo sorprendido que sale para el continente con su madre, prometiéndose que un viaje de algunos meses la devolverá la calma tan necesaria para toda persona atacada de los nervios. Niega que el refugio elegido por su padre pueda considerarse como una casa de locos, y afirma que es un establecimiento destinado temporalmente á las personas enfermas de resultas de excitaciones nerviosas.

Sea como quiera, el resultado se ha obtenido; lady Bulwer sale de Londres para las aguas de Baden con su hijo, secretario de la embajada de San Petersburgo.

Entre tanto, sir E. Bulwer, aunque es hombre de ambicion, no quiere permitir su elevacion á la dignidad de par con el asiento en la cámara de los lores, únicamente porque tendria que compartir esa dignidad con la mujer que su mala estrella le ha deparado. Y sin embargo, hace años que desea alcanzar ese título de par de Inglaterra.

En tal estado se hallan hoy las cosas.

MARIANO URRABIETA.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion).

Un dia que Rebeca se había ido á poner su pañuelo y su sombrero al piso superior, las dos amigas aprovecharon sin duda la ocasion para confiarse sus secretos y tramar alguna de esas conspiraciones que consti-

tuyen toda la felicidad de la vida femenina. Y nosotros, con nuestro privilegio de novelistas que nos da entrada franca por todas partes, pudimos ver á la joven Amelia que colocada delante de Rebeca y tomando sus manos, la dijo estas palabras:

— Lo sé todo.

Y á esto respondió Rebeca abrazando á su amiga.

Ni una palabra mas pronunciaron las jóvenes sobre el tal secreto; pero no debía tardar mucho en caer en el dominio público.

Poco despues de los sucesos que acabamos de contar, sir Pitt quedó viudo por segunda vez.

En tanto que la enferma abandonada fallecia en Crawley, su marido estaba en Londres pleiteando. No obstante, hallaba tiempo para escribir á Rebeca suplicándola y mandándola que volviera con sus jóvenes alumnas que vivian sin vigilancia alguna desde la enfermedad de su madre. Pero miss Crawley no queria soltar la presa.

La noticia de la muerte de la señora no dió lugar á mucho dolor ni á muchos comentarios en la casa de miss Crawley.

— Pienso, dijo esta, que mi hermano no se casará otra vez.

— Buen golpe seria ese, observó Rawdon con su malicia acostumbrada.

Rebeca nada decia; parecia la mas triste de todos con aquel suceso. Su dolor la obligó á salir de la sala antes de que se fuera Rawdon, pero por casualidad se encontraron en la escalera cuando este se marchaba, y tuvieron una larga conversacion.

Al otro dia Rebeca, mirando por la ventana, asustó á miss Crawley diciendo:

— Aquí está sir Pitt.

Y en el mismo instante el baron llamó á la puerta.

— No quiero verle. Decid á Bous que responda que he salido, ó bajad vos misma y decidle que estoy mala y no puedo recibir á nadie.

Rebeca bajó á cumplir su encargo.

— Tanto mejor, exclamó sir Pitt; tengo que hablar con vos, Rebeca; venid conmigo á la sala.

Y entraron ambos.

— Os necesito en Crawley-la-Reina, dijo el baron fijando la vista en miss Sharp y dejando sobre la mesa sus guantes negros y su sombrero adornado con un crespon.

Sus ojos tenian una expresion tan extraña, y su mirada era tan pertinaz, que Rebeca estuvo á punto de estremecerse.

— Pienso marchar muy pronto, dijo en voz baja, cuando miss Crawley se ponga mejor....

— Eso me estais diciendo hace tres meses, repuso sir Pitt, y seguís siempre con mi hermana, que un dia os despedirá sin ceremonia. Os necesito, voy al entierro; ¿quereis venir, si ó no?

— No me atrevo... no estaria bien... que me fuera sola con vos... dijo Rebeca temblando.

— Os digo que os necesito, repitió sir Pitt pegando con el puño en la mesa. No puedo hacer nada solo; no sé lo que me sucederá si no venís. Vamos, decidios, Rebeca.

— ¿Y con qué título he de volver? murmuró.

— Con el título de lady Crawley si lo deseais, exclamó el baron agitando su sombrero de luto. ¿Estais satisfecha? Venid y sereis mi esposa; ¿quereis, si ó no?

— ¡Oh, sir Pitt! exclamó Rebeca conmovida.

— Decid que sí, continuó el baron; soy viejo, pero aun estoy firme. Me quedan por lo menos veinte años de vida. Os haré dichosa... gastareis todo cuanto querais... os aseguraré una viudedad en caso de muerte.... ¿vacilais, Rebeca?

Y al mismo tiempo el baron cayó consternado á sus piés.

Rebeca, temblando mas y mas, retrocedió dos pasos. En el curso de esta historia la hemos visto siempre impertérrita; pero aquí le faltó su sangre fria. Lágrimas verdaderas corrieron de sus ojos.

— ¡Ay... sir Pitt!... exclamó; estoy... ¡casada ya!

XV.

DONDE ASOMA EL MARIDO DE MISS SHARP.

Todo lector de un carácter sentimental, y no nos gustan otros, debe estar contento con el último cuadro que corona el último acto de nuestro pequeño drama. ¿Qué cosa mas hermosa, en efecto, que la imagen del Amor de rodillas delante de la Hermosura?

Pero cuando el Amor oyó de la Hermosura la confesion de que estaba casada ya, saltó de repente, y dejando la humilde postura que había tomado sobre la alfombra, prorumpió en exclamaciones que acabaron de confundir á la pobre Hermosura.

— ¡Casada!

— Sí.

— Os chanceais... quereis burlaros de mí, Rebeca.

— No por cierto, es verdad.

— ¿Quién quiere una mujer sin un chelín de dote?

— ¡Casada, sí, lo estoy! murmuraba Rebeca deshaciéndose en lágrimas, con la voz trémula y el pañuelo pegado á los ojos.

Y al mismo tiempo apoyaba su cabeza en el mármol de la chimenea. Parecia una estatua del dolor, y su aspecto habria enternecido al corazón mas duro.

— ¡Oh, sir Pitt! no me creais ingrata á vuestras bondades; vuestra noble generosidad acaba de arrancarme mi secreto.

— Vaya al diablo la generosidad, gritó sir Pitt; ¿con quién estais casada? ¿cuándo se ha hecho la boda?

— Permittedme que vuelva con vos al campo, permittedme que cuide siempre de vuestra casa, no me separeis de mi querido Crawley-la-Reina.

— ¿El miserable os ha abandonado ya? preguntó el baron, creyendo que empezaba á comprender. Venid si quereis, Rebeca; á lo hecho pecho. Sin embargo, mi ofrecimiento era hermoso; volved al menos como institutriz, siempre es un buen partido.

Rebeca le alargó la mano sollozando con desesperacion; sus rizos cubrian su rostro, y seguía apoyada en el mármol de la chimenea.

— ¿El infame se ha marchado? repuso sir Pitt prosiguiendo en su idea; no penseis mas en él, en mi casa tendreis un refugio.

— ¡Oh! será la felicidad de mi vida el volver á Crawley-la-Reina á cuidar de vuestras niñas y de vos.... Cuando pienso en vuestras ofertas, mi corazón se llena de gratitud.... sí, sí, podeis creerme... No puedo ser vuestra mujer, permittedme que sea... ¡vuestra hija!

Y al pronunciar estas palabras Rebeca cayó de rodillas de un modo trágico, y estrechando la mano negra y curtida de sir Pitt entre sus manitas blancas y lisas como el raso, le miraba de frente con una expresion muy marcada de ternura y de confianza.

Entonces se abrió la puerta y apareció en el umbral miss Crawley.

Mistress Firkin y miss Briggs se habían encontrado por casualidad á la puerta de la sala cuando entraban el baron y Rebeca, y por casualidad tambien habían visto por el agujero de la cerradura al anciano, que se arrojó á los piés de la institutriz, y habían oído sus ofrecimientos generosos.

Apenas hubo concluido, mistress Firkin y miss Briggs se lanzaron á la escalera, y precipitándose en el cuarto de miss Crawley la dieron á quemarropa la estupenda noticia de que sir Pitt arrodillado hacia á miss Sharp una declaracion amorosa.

Miss Crawley se apresuró á bajar y llegó á la puerta de la sala cuando se encontraba Rebeca en una actitud suplicante.

— Es ella y no él quien está de rodillas, exclamó miss Crawley con una mirada y una expresion de desden; me han dicho que os habeis arrodillado, sir Pitt; repetid la accion para que admire yo tan bonito cuadro.

— He dado muchas gracias á sir Pitt, dijo Rebeca levantándose; pero le he dicho que nunca podria ser su esposa.

— ¿Cómo! ¿habeis rehusado sus ofertas? preguntó miss Crawley estupefacta.

Briggs y Firkin que estaban á la puerta se quedaron atónitas.

— Sí, las he rechazado, repuso Rebeca con acento triste.

— No puedo creer lo que oigo; ¿la habeis becho una declaracion formal, sir Pitt? preguntó la anciana.

— Sí, dijo el baron.

— ¿Y no acepta el partido?

— ¡No le acepta! repuso sir Pitt riendo.

— Parece que la negativa no os entristece mucho, observó mis Crawley.

— Seguramente que no, respondió sir Pitt con una sangre fria y un buen humor que acabaron de sorprender á miss Crawley.

El caso no era para menos; había aquí una intriga de las mas complicadas.

— Me gusta veros tan alegre, hermano mio, continuó sin poder volver en sí de su asombro.

— ¡Cosá estupenda! dijo sir Pitt; ¿quién lo habría pensado? Es de la piel del diablo, decia aparte sonriendo de placer.

— Vamos, miss Sharp, gritaba miss Crawley, esto es incomprendible; ¿esperais el divorcio del principe regente, que no hallais nuestra familia bastante buena para vos?

— La actitud en que me habeis visto al entrar, dijo Rebeca, demuestra cuánto aprecio la honra que este noble y excelente señor queria hacerme. Seria preciso no tener corazón si en cambio de tanta bondad, de tanto afecto por la pobre huérfana, os pagara con una frialdad ingrata. ¡Oh! amigos míos, queridos bienhechores. Mi ternura, mi vida, todo os pertenece por el apoyo que he hallado cerca de vosotros. ¿Dudariais de mi reconocimiento, miss Crawley? ¡Ah! eso seria demasiado... mi corazón sucumbe á tantas emociones...

Y al mismo tiempo se dejó caer de un modo tan trágico sobre una silla que estaba junto á ella, que el dolor embargó los ánimos de todos los presentes.

— Que os caseis ó no conmigo, sois una buena muchacha y siempre seré vuestro amigo, Rebeca, dijo sir Pitt poniéndose el sombrero enlutado.

Dicho esto salió y Rebeca se sintió aliviada de un gran peso, pues así su secreto quedaba ignorado de miss Crawley.

Se enjugó los ojos con su pañuelo é hizo señal á Briggs de que no la siguiera. Briggs y miss Crawley en el colmo de la curiosidad se pusieron á comentar el suceso. Firkin, no menos conmovida, bajó á las regiones de la cocina, y puso á todo el mundo al corriente de lo que pasaba. La aventura sorprendió tanto á Firkin, que juzgó oportuno dar parte á mistress Crawley de lo sucedido.

Miss Crawley llamó aparte á Rebeca y la preguntó los motivos de su conducta.

— Eso es que estais enamorada, la dijo; ¿alguno ha tenido la suerte de agradaos?

Rebeca bajando los ojos respondió que así era.

XVI.

COMPLICACION DE ACONTECIMIENTOS

— ¿Os sorprende, añadió, que una pobre joven sin amigos haya podido enamorarse? Sin embargo, nunca he oído decir que la pobreza fuese un obstáculo á la ley común. ¡Ojalá hubiera podido ser así!

— Pobrecita mía, exclamó miss Crawley, siempre dispuesta á tomar el tono sentimental, ¿vuestro amor es pagado con ingratitud? ¿Tendremos que deplorar el abandono? Contádmelo todo á fin de que yo pueda consolaros.

— Bien necesito consuelos, respondió Rebeca sin dejar el acento triste.

Y reclinaba su cabeza en el hombro de miss Crawley, y lloraba con tanta naturalidad que la anciana señora, dominada por un sentimiento de simpatía, la besó con una ternura casi maternal, declarándole que la quería como á una hija, y que haría cuanto estuviera en su poder para serla útil.

— Decidme su nombre, exclamó; ¿es el hermano de Amelia?... Creo me habeis insinuado algo sobre él; le convidaré á venir aquí y será vuestro, contad conmigo.

— No me interrogéis, presto lo sabreis todo, sí, todo, mi querida miss Crawley... mi querida amiga... ¿puedo daros este nombre?

— Lo exijo, repuso miss Crawley abrazándola.

— Ahora nada puedo deciros, exclamó Rebeca sollozando; ¡soy muy desgraciada!... pero repetidme que puedo contar siempre con vuestro cariño.

Y las dos derramaron lágrimas, pues la emoción de la joven había sido fatal para su anciana protectora.

Miss Crawley repitió la protesta, y dejó despues á su amiga que la inspiraba una admiración profunda.

Rebeca, reflexionando sobre los acontecimientos imprevistos y maravillosos de aquel día, comenzó por deplorar la pérdida de la buena fortuna que se la había ofrecido.

— Habría podido ser milady, exclamó; habría gobernado al viejo segun mi capricho, habría habitado un palacio, habría tenido palco en la Opera, y el año próximo habría sido presentada á la corte... La realidad es esa, y el porvenir ahora es todo duda y misterio.

Pero Rebeca se hallaba dotada de suficiente resolución y energía para persistir largo tiempo en esas lamentaciones de un pasado irrevocable. Calculó pues cuáles eran en su situación sus esperanzas, sus dudas y sus probabilidades de buen éxito.

Primeramente estaba casada, y este era el punto principal. Sir Pitt lo sabía. Tarde ó temprano tenía que saberlo; ¿porqué aplazar lo que puede hacerse sobre la marcha?

Pero ¿cómo recibiría esta noticia miss Crawley? Rebeca dudaba, y sin embargo no podía olvidar las opiniones manifestadas por miss Crawley, su desprecio declarado por el nacimiento, sus opiniones de un liberalismo avanzado, sus disposiciones novelescas, su afecto á su sobrino, y por fin el cariño que á ella la mostraba.

— Me quiere tanto, decía Rebeca, que todo me lo perdonará; está tan acostumbrada á mí, que no creo pueda encontrarse bien en mi ausencia. Cuando sepa la noticia, habrá ataques de nervios, contienda y una reconciliación final. En suma, habria debido declarárselo ya y lo haré cuanto antes.

Decidida así Rebeca, se preguntó cuál era el mejor medio para ello; ¿debía hacer frente á la tempestad ó debía huir temiendo los primeros rayos? Presa de estas meditaciones escribió la siguiente carta:

«Mi querido amigo: la crisis de que tan á menudo hemos hablado, se va á declarar al fin; mi secreto está divulgado en parte y me hallo persuadida de que ha llegado la hora de aclarar todo el misterio. Sir Pitt vino á verme esta mañana... ¿y para qué?... No lo creáis; para hacerme una declaración en regla. ¡Qué desgracia! Habría podido ser lady Crawley... ¡Dios mío! Tiemblo con la idea de que todo va á saberse muy pronto.

»Sir Pitt sabe que estoy casada, pero ignora con quién; y gracias á esto no se halla incomodado. Miss Crawley, mi buena tia, no está contenta con mi negativa á las proposiciones del baron; pero sin embargo, sigue conmigo tierna y bondadosa. ¡Qué golpe tan terrible será para ella nuestra noticia! No obstante, su cólera pasará; os quiere demasiado para no perdonaros... Mi querido amigo, una voz me dice en mi corazón que saldremos victoriosos. Dejareis vuestro horrible regimiento, el juego, las carreras de caballos, y sereis un hombre de bien, calavera; viviremos juntos en Park-Lane y heredaremos todo el dinero de mi tia.

»Trataré de ir á paseo mañana como de costumbre. Si me acompaña miss Briggs vendreis á comer, y me traereis la respuesta entre las hojas del tercer tomo de los *Sermones de Porteus*. Pero de todos modos venid á ver á la que os ama.

R...

A MISS ELISA STYLES.

En casa de M. Barnet, sillero, Knights-Bridge.

Estamos seguros de que no hay uno de nuestros lectores que no posea bastante penetración para haber descubierto ya que esa miss Styles, antigua amiga de colegio de Rebeca, segun ella decía, con quien estaba en correspondencia muy seguida, y que iba á buscar sus cartas á casa del sillero, llevaba espuelas de cobre y grandes bigotes, pues era el capitán Rawdon Crawley en persona.

¿Cómo se hizo aquel matrimonio? Muy sencillamente. No es posible impedir á un capitán que se case con una joven, ambos en la mayor edad, ni que compre su licencia. A mayor abundamiento, es sabido que cuando una mujer tiene una voluntad, siempre halla modo de cumplirla. Pero hé aquí lo sucedido. Una vez que miss Sharp fué á pasar la tarde en casa de su querida amiga miss Amelia Sedley, se habría podido ver á una joven muy parecida á ella entrar en una iglesia de la Cité, acompañada de un caballero de hermosos bigotes, y salir un cuarto de hora despues con el mismo caballero que la llevó á un coche parado á la puerta: — habíase celebrado ya el santo matrimonio.

Nadie puede hacer un crimen á Rawdon de su casamiento con Rebeca; estaba enamorado de ella perdidamente; y además, si el hombre se casara siempre con prudencia, el mundo se encontraría muy pronto despojado.

De este modo pues, cuando Rebeca le anunció que se acercaba la gran crisis, y que había llegado el tiempo de la acción, Rawdon contestó que estaba dispuesto á obrar bajo sus órdenes. No fué necesario que pusiera su carta en el tomo de sermones. Rebeca pudo salir sola y encontró al capitán; durante la noche había madurado su plan, y dió parte á Rawdon del resultado de sus determinaciones. Este lo aprobó todo.

Miss Crawley no podría menos de dar su consentimiento.

— Tenéis entendimiento por los dos, Rebeca, decía el capitán, y saldremos del precipicio; no he visto persona que os iguale, y sin embargo, he conocido gente muy despierta.

Despues de esta profesión de fe, el dragón de corazón ardiente confió á ella el cuidado de guiar la ejecución de su proyecto, concebido en el interés común, y ejecutó puntualmente sus órdenes. Su papel se limitaba á tomar para él y su esposa un cuarto retirado en las inmediaciones del cuartel; pues Rebeca se hallaba decidida á que la robara el capitán, y obraba en esto cuerdatamente, á nuestro parecer. Rawdon estaba loco de júbilo con tal resolución; hacia ya muchas semanas que la suplicaba tomara ese partido.

Al punto encontró habitación; llevó á ella un piano y la llenó de flores. En todo se veía un lujo extraordinario. Además se puso á comprar vestidos, pañuelos, guantes, medias de seda, relojes de oro, brazaletes y objetos de perfumería con toda la profusión de un amor ciego y de un crédito ilimitado.

Los sucesos del día anterior, la admirable conducta de Rebeca en presencia de unas proporciones tan brillantes, la desgracia misteriosa que la aquejaba, y la resignación silenciosa con que soportaba su aflicción, aumentaron la ternura ordinaria de miss Crawley.

En cuanto se trata de matrimonio legiones de mujeres se ponen en movimiento, y vibran las fibras nerviosas de cada una de ellas.

Miss Sharp era la heroína del día, gracias al misterio de sus amores.

Nunca Rebeca había cantado con voz tan suave, ni había tenido una conversación tan seductora como la noche que precedió á los preparativos mencionados. Tenía en su mano el corazón de miss Crawley. Hablaba de la proposición de sir Pitt y la consideraba como un capricho extravagante propio de un anciano. Así pasó la noche.

En la casa se hallaba bajo las órdenes de mistress Firkin una joven criada que entre otras funciones tenía la de llamar todas las mañanas á la puerta de miss Sharp con el jarro de agua caliente que Firkin no la habría llevado en persona por todo el oro del mundo.

Dos días despues de las proposiciones de sir Pitt á Rebeca, el sol salió como de costumbre, y la criada llevó el agua caliente á la institutriz.

Llamó á la puerta dos veces sin recibir respuesta; entonces abrió y entró en el cuarto.

La cama estaba intacta; en un rincón del aposento había dos cofres pequeños bien atados, y en la mesa delante del balcón había una carta.

La criada arrojó en torno suyo una mirada de sorpresa y de satisfacción, tomó la carta con la punta de los dedos, y un instante despues estaba con ella en el cuarto de miss Briggs.

Miss Briggs se apresuró á leer lo siguiente:

«Querida miss Briggs: en vuestro excelente corazón hallareis simpatía y conmiseración por vuestra pobre amiga. Con muchas lágrimas, con muchas bendiciones me alejo de esta casa donde la infeliz huérfana ha encontrado siempre tesoros inagotables de bondad y afecto. Obedezco á derechos superiores á los que puede tener sobre mí mi bienhechora; obedezco á mi deber que me llama al lado de mi marido. Sí, estoy casada, y mi marido me ordena que me reúna con él en el humilde hogar que debe en adelante servirnos de morada. Querida miss Briggs, tendreis la bondad de anunciar esta noticia á mi amada amiga y protectora. Decidla que antes de partir he derramado lágrimas sobre su almohada, sobre esa almohada donde tan á menudo he calmado sus dolores... ¡Ah! mis deseos son de cuidarla siempre! ¡Con qué alegría volveré á su casa!... Pero tiemblo esperando su respuesta, que va á decidir de mi destino. Cuando sir Pitt se dignó ofrecerme su mano, honor de que me considero digna, mi amada miss Briggs, confesé á sir Pitt que estaba ya casada, y me perdonó; pero

me faltó ánimo para decirle todo, para declararle que no podía ser su mujer porque era ya su hija!... Me he casado con el mejor, con el mas generoso de todos los hombres; y el Rawdon de miss Crawley es mi esposo. Manda, y yo inclino la cabeza; me llama á nuestra humilde casa, y le seguiré por todo el universo. Mi buena amiga, sed la mediadora cerca de la adorada tia de mi Rawdon; suplicad por él y por la pobre joven á quien toda su noble raza ha mostrado un afecto sin igual. Pedid á miss Crawley que reciba á sus hijos, y para terminar, mil bendiciones sobre la querida casa que abandono.

A las doce de la noche.

REBECA CRAWLEY.

En el momento en que Briggs concluía la lectura de esta carta interesante, gracias á la cual volvía á ocupar su puesto de primera confidente cerca de miss Crawley, entró en el aposento mistress Firkin.

— Acaba de llegar mistress Bute Crawley, exclamó, y pide un poco de té; ¿quereis bajar para que la preparen el almuerzo?

Briggs se apresuró á bajar sin soltar la carta de Rebeca.

Cuando mistress Bute, que estaba calentándose en la chimenea del comedor, supo por miss Briggs la noticia de aquel casamiento clandestino, se felicitó de su llegada para ayudar á soportar á miss Crawley un golpe tan terrible. Rebeca era una tunantuela artificiosa, siempre había desconfiado de ella, y en cuanto á Rawdon Crawley le había tenido siempre por un disipador.

— Su locura, añadía mistress Bute, será útil para abrir los ojos á miss Crawley sobre el verdadero carácter de ese hombre indigno de su afecto.

Mistress Bute tomó su té con muchas tostadas de manteca. Entre tanto el mozo traía su equipaje á la casa de la fonda Gloster donde se había apeado.

Miss Crawley no salía nunca de su cuarto antes de las doce del día. Tomaba el chocolate en la cama mientras Rebeca la leía el *Morning-Post*, ó la distraía de cualquiera otra manera.

Los corifeos del piso inferior acordaron no darla la noticia hasta que se presentara en la sala; sin embargo, la anunciaron que mistress Bute había llegado á la fonda Gloster, y que la saludaba y la pedía permiso para almorzar con miss Briggs.

La llegada de mistress Bute, que en otros tiempos no la habría sido agradable, la causó entonces cierta satisfacción. Miss Crawley se alegraba de poder hablar con ella de la difunta lady Crawley, de los preparativos para los funerales y de las proposiciones de sir Pitt á Rebeca.

Dejaron, pues, á la anciana que se acomodara á su gusto en su butaca favorita, y que se acabaran los saludos y las preguntas de costumbre con la recién llegada, y al fin los conjurados pensaron que se hallaban en el momento oportuno.

¿Quién no ha tenido ocasión de admirar los artificios y sutilezas empleados por las mujeres cuando van á dar una mala noticia? Estas dos se rodearon de tanto misterio, que sin haber pronunciado una palabra despertaron en miss Crawley la inquietud y la duda.

— Mi querida miss Crawley, decía mistress Bute, no ha querido casarse con sir Pitt... pero... vamos, valor... pero ha sido porque no podía obrar de otro modo.

— Siempre hay un porqué en las cosas, respondía miss Crawley; es porque ama á otro; ayer se lo dijo á Briggs.

— Sí, ama á otro, decía miss Briggs; y ya se ha casado con él.

— ¡Con efecto, está casada! repetía mistress Bute acentuando bien todas las sílabas.

Y ambas con las manos cruzadas se miraban una á otra, y luego clavaban los ojos en miss Crawley.

— ¡Y no decirme nada! ¡Qué disimulada es!... Pero que venga pronto, exclamaba miss Crawley.

— ¡Ay! No volverá por ahora; aquí es donde debeis mostrar todo vuestro valor, mi querida amiga; se ha marchado por mucho tiempo... se ha marchado para siempre.

— ¡Santo Dios! ¿Y quién me hará el chocolate? Que vayan á buscarla y que vuelva... quiero que vuelva al instante, gritaba la anciana.

— No hay mas remedio que decirselo todo.

— Sí... ¿para qué atormentarla?

— ¿Con quién se ha casado?

— Con un pariente de...

— Acabad... me vais á volver loca; decía miss Crawley en el colmo de la exasperación.

— Sí... hablaré... miss Briggs, sostenedla; se ha casado con Rawdon Crawley.

— ¡Rawdon casado con Rebeca! ¿con una institutriz?... ¡no... no... salid de mi casa, vieja loca... vieja idiota!... ¿cómo os atreveis?... estábais en la trama... por vuestra culpa se ha casado... habeis creído que así le despojaría en vuestro favor... Tengo la vista clara.

Y el furor de miss Crawley era ilimitado.

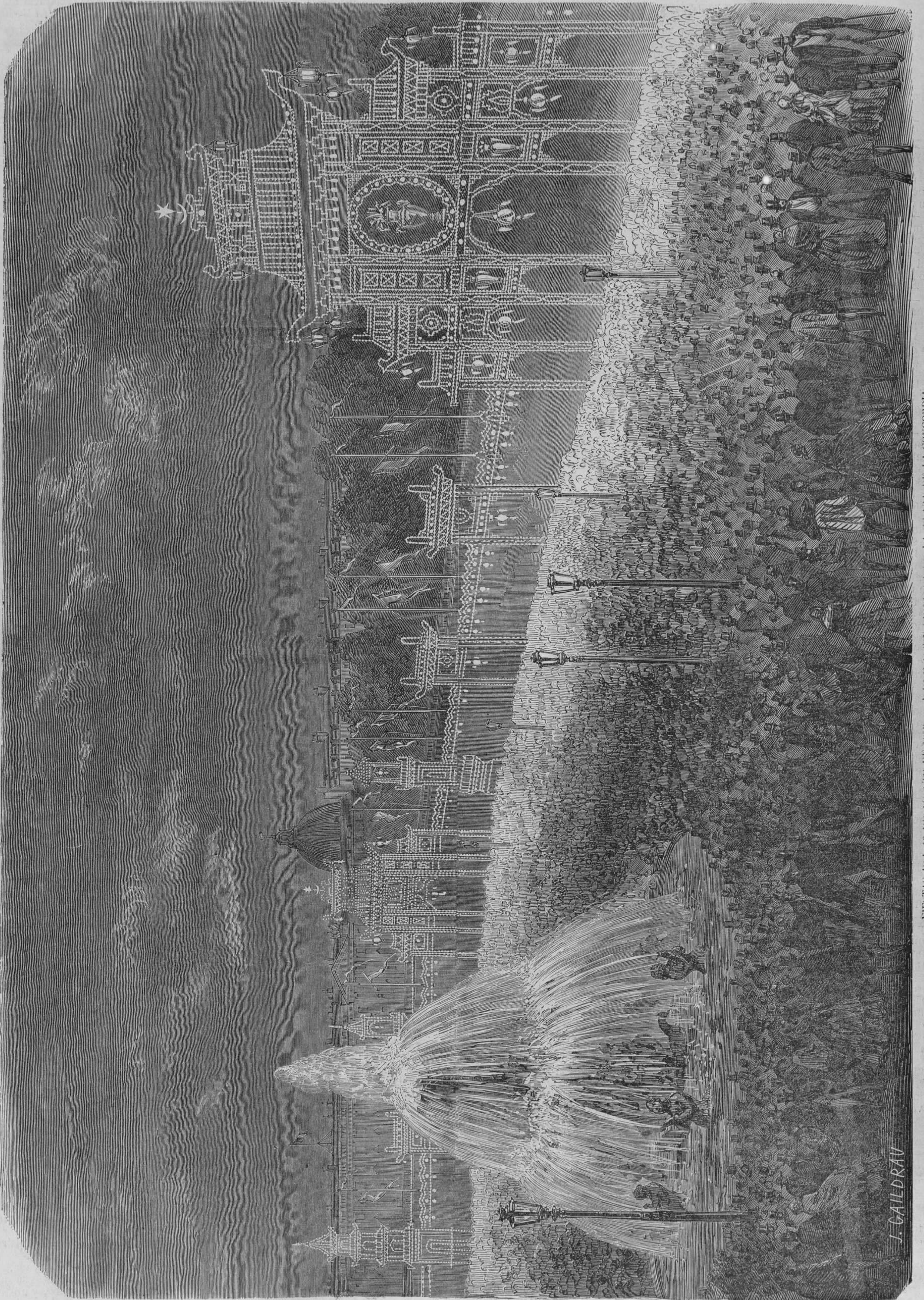
— ¡Ah, qué aflicción!... una persona de vuestra sangre casarse con la hija de un maestro de dibujo!

— Su madre pertenecía á los Montmorency, decía miss Crawley tirando fuertemente del cordón de la campanilla.

— Su madre bailaba en la Opera, dijo mistress Bute.

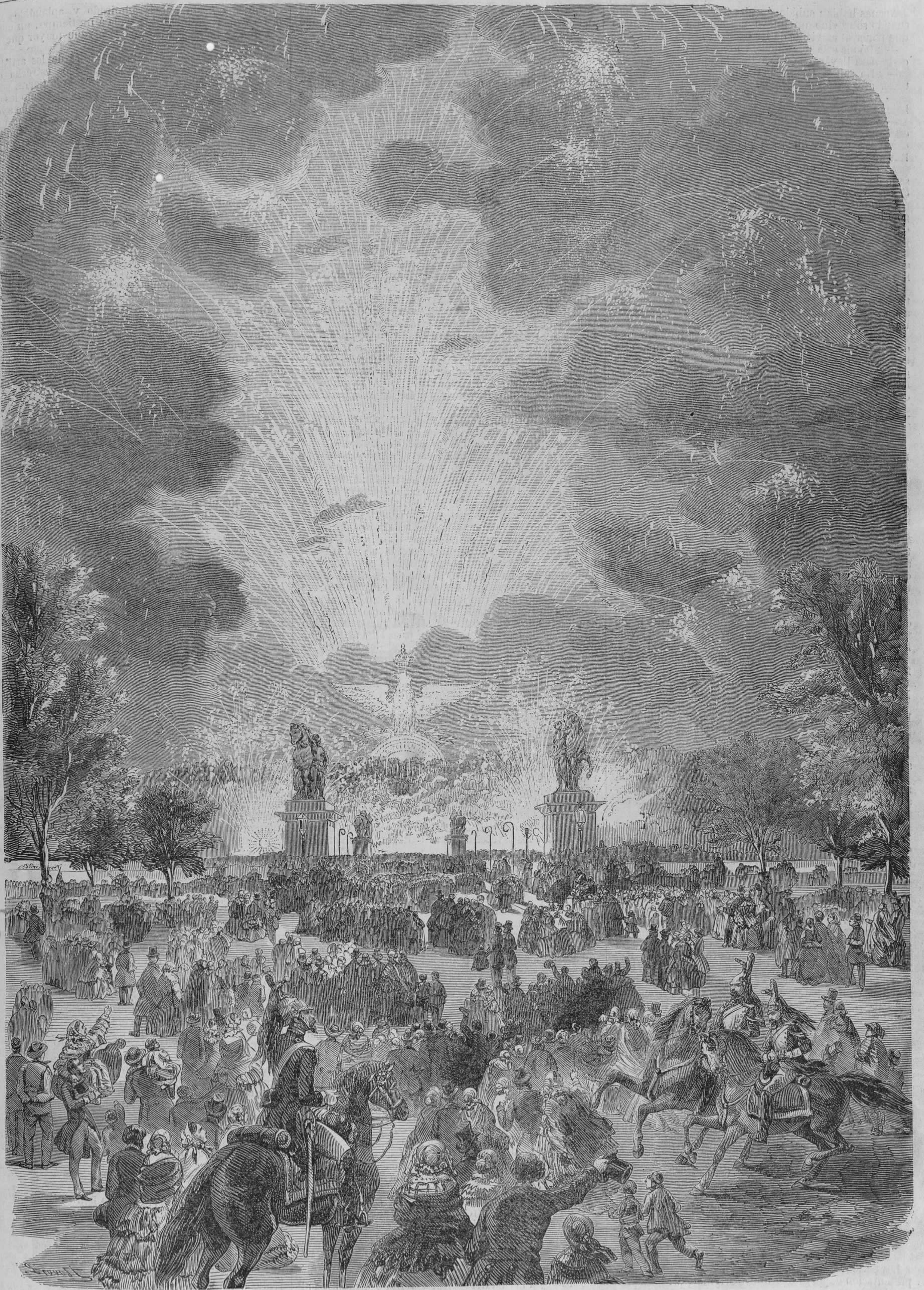
Miss Crawley lanzó un grito y cayó desmayada.

La subieron á su cuarto; las crisis nerviosas se sucedían sin interrupción... Llamaron al médico, y mistress Bute se instaló como enfermera.



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO DE 1898. — ILUMINACION CHINESA DE LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

J. CALDRAU



FESTAS DEL 15 DE AGOSTO DE 1858. — LOS FUEGOS ARTIFICIALES.

Apenas habian subido á miss Crawley á su cuarto cuando sobrevino un nuevo personaje á quien hubo que poner al corriente de los hechos: era el baron.

— ¿Dónde está miss Sharp? preguntó; vengo á buscarla para llevármela á Crawley-la-Reina.

— ¿No sabeis la noticia de su matrimonio clandestino? preguntó miss Briggs.

— Nada me importa, dijo sir Pitt; casada ó no, que baje al instante.

— ¿Pero no sabeis, añadió miss Briggs, que ya no está en casa? Miss Crawley ha estado á punto de morir cuando la dijimos que se habia casado con el capitán Rawdon.

Al oír sir Pitt que Rebeca era la mujer de su hijo, salió de su boca un torrente de palabras mal sonantes que provocaron la rápida fuga de la pobre miss Briggs.

Cuando sir Pitt regresó á Crawley-la-Reina se entregó á los excesos del delirio mas desatinado, y entrando en el cuarto que habia ocupado miss Sharp, destruyó á patadas los cofres, y luego rasgó todos los papeles, todos los vestidos y todos los trapos. La hija del mayordomo aprovechó una parte de estos restos, y lo demás se lo llevaron las niñas para disfrazarse y hacer comedias.

Pocos días hacia que su pobre madre habia sido enterrada, y ni una lágrima siquiera habia acompañado á sus cenizas, depositadas entre otras cenizas todas extrañas para ella.

— ¿Y si la vieja no se apacigua? decía Rawdon á su mujer en su elegante casita de Brompton, donde esta habia pasado la mañana en probar su piano nuevo, sus guantes ajustados, sus pañuelos, que la sentaban perfectamente, sus sortijas que brillaban en sus torneados dedos, y su reloj que llevaba á la cintura.

— Yo me encargo de vuestra fortuna; respondia Rebeca.

Y Dalila acariciaba á Sanson.

— En vos confío, dijo Rawdon besando con amor la mano diminuta de su esposa.

XVII.

EL CAPITAN DOBBIN COMPRA UN PIANO.

Si hay en el mundo un lugar donde la sátira y el sentimiento puedan reunirse, donde la risa y las lágrimas se presentan en contrastes mas extraños, donde cualquiera puede mostrarse agudo y patético con toda oportunidad, es seguramente en una almoneda.

En una almoneda estamos pues; y abreviando por menores, vamos á tratar exclusivamente de un objeto de los que se sacaron á remate: era un pequeño piano vertical que habian bajado de las regiones elevadas de la casa; el gran piano de cola estaba ya vendido.

Una jóven y un oficial se disputaban el piano, que al fin quedó por el último.

— ¡Rawdon! exclamó la señora, es el capitán Dobbin.

Quizá Rebeca no estaba contenta con el piano que la habia alquilado su marido, ó quizá tenia para ella un precio particular este de que aquí se trata, porque habia pertenecido á nuestra querida Amelia Sedley.

La almoneda tenia lugar en la antigua casa de Russell-Square, donde hemos pasado algunas noches al principio de esta historia. John Sedley estaba arruinado, su quiebra habia sido anunciada en la Bolsa, y por consiguiente habia habido que proceder á su ejecucion comercial.

Varios amigos se disputaron los vinos, la vajilla y los muebles; en cuanto al piano de Amelia, como debia necesitarle, y como el capitán Dobbin no conocia el uso de semejante instrumento, es de suponer que no lo habia comprado para sí.

Aquella misma tarde fué llevado á una bonita casa de un barrio romántico, donde las habitaciones parecen casitas de muñecas; los árboles de los jardinillos que se extienden al frente de las fachadas están cubiertos de una eterna vegetacion de delantales de niños, de calcetitas encarnadas, de gorritos, etc. El que no quiera ruido, que no se aventure por esos lugares apartados. Todas las tardes los dependientes de las casas de la Cité van á descansar allí de sus fatigas diarias. Clapp, el dependiente principal de M. Sedley tenia su morada en ese barrio, y en ella el buen anciano encontró un refugio para él, su mujer y su hija en el momento de la catástrofe.

Al saber la desgracia de su familia, José Sedley hizo todo lo que habia que esperar de un hombre de su temperamento. No fué á Londres, pero escribió á su madre que tomara en casa de sus banqueros lo que necesitase. Ya quedó tranquila su conciencia; su familia no podia caer en la miseria.

Tomadas estas disposiciones, José Sedley se fué á la fonda de Chettenham tan alegre como de costumbre; luego dió su paseo, jugó al wisth y repitió sus historias de la India: su viuda irlandesa le lisonjeaba como si nada hubiera sucedido.

(Se continuará.)

Una ovacion.

A MI QUERIDO AMIGO JUAN G. MENA.

Los periódicos de Madrid anunciaban la próxima representacion de un drama nuevo original, primera produccion de un jóven poeta.

Los carteles de uno de los coliseos mas favorecidos del público habian puesto una nota á su fin dando cuenta de que estaba en ensayo la obra.

En los círculos literarios se preguntaban unos á otros el nombre del autor y ninguno lo sabia. Los mas allegados al teatro pronunciaban con sarcasmo un nombre que todos olvidaban apenas lo habian oido, y auguraban mal éxito á una obra que no llevaba en garantía un nombre *cotizable*.

El título del drama habia llegado á todas partes, habia sido escrito por muchas plumas. Todos le esperaban: unos con buena fe por asistir á una novedad teatral, lo que ha llegado á ser un semi-fenómeno en estos últimos tiempos; otros porque se proponian dedicarle severas críticas, ó reirse á costa del atrevido neófito que se lanzaba al palenque donde tan victoriosas luchas sostuvieron los insignes poetas que honran la parte histórica de nuestro país.

El tiempo pasaba con mucha rapidez, y al fin llegó la hora señalada para la representacion del drama.

El teatro estaba magnífico, los palcos atesoraban, cuanto mas bello, cuanto mas elegante, cuanto mas aristocrático contiene la corte de España. Las butacas estaban ocupadas por las notabilidades españolas de todos géneros, y esto no debe parecer inverosímil á nuestros lectores, porque no deben ignorar que nuestro país es el país de las notabilidades. Todas las demás plazas del teatro estaban invadidas; y en todos los semblantes se descubria animacion y movimiento.

Los gemelos, esos terceros de la sociedad elegante, movidos por finisimas manos, recorrian los palcos, las butacas, escudriñaban en todas partes. A las miradas artificiales seguian las sonrisas y las señas: á las señas los pensamientos íntimos.

Resonó el primer prelude y la orquesta comenzó á ejecutar la sinfonia de *Norma*. Si hubiérais dirigido vuestras miradas á uno de los oscuros rincones de la *ignominia*, hubiérais podido descubrir á una jóven que al lado de un anciano parecia extraña á todos los demás. Sus facciones revelaban sus sentimientos, una agitacion casi febril estaba apoderada de ella, y las sublimes notas del inmortal Bellini caian en su alma como otras tantas gotas de rocío que consolaban el ardor de su calentura, que apagaban su sed devoradora.

Pero olvidadla por un instante y escuchad los dulcísimos versos que modula la inspirada actriz transformada en la creacion del poeta. Oividas del dolor verdadero de aquella jóven por el que expresan los labios del amante despreciado por su pobreza y abrumado por los desengaños con que paga la sociedad al que dándola un alma pura y generosa solo recoge en cambio insultos ó indiferencia... Fijad vuestra atencion en los cuadros que os ofrece el pincel del artista que retrata la sociedad. Admirad la verdad del colorido, la belleza de los detalles, la armonía y grandiosidad del conjunto. La lucha está trazada magistralmente... el pensamiento de la obra sencillo en su manifestacion, refleja esa moral aprendida en el infortunio; y bastaria para inmortalizar á un hombre... Las situaciones son del mayor efecto. Aplaudid... aplaudid...

Habia terminado la representacion, y desde su comienzo, habia sido acogida con grandes muestras de entusiasmo, la primera obra del escritor novel. Habia arrancado lágrimas y aplausos, exclamaciones de admiracion y de dolor.

Al terminarse, la ovacion fué completa. El teatro resonaba en un solo y frenético aplauso, de todas partes salian voces aclamando al autor y llamándole á recibir el premio de su talento; hasta las elegantes damas aplaudian, los severos críticos agitaban tambien sus palmas.

La hora suprema del triunfo habia llegado... El genio iba á alcanzar la sancion de su poder. Las voces se aumentaban y crecian.

— ¡El autor!... ¡el autor!...

Uno de los artistas salió á decir su nombre que fué repetido instantáneamente en todos los ángulos del teatro al compás de nuevos y atronadores aplausos...

— ¡Que salga!... ¡que salga!... gritaron de nuevo.

Pasaron algunos segundos, las voces se prolongaban, y cada vez eran mas atronadoras...

El poeta se presentó en el palco escénico tembloroso y vacilante.

Todas las miradas se fijaron en él. Si al mirar hubiesen visto, habrian hallado en sus ojos algunas lágrimas que pasaron desapercibidas. Los bravos, las palmadas crecieron, el entusiasmo llegó á su colmo... una... dos... tres... cuatro veces fué llamado de nuevo, y de los palcos y las butacas cayeron á sus piés ramos de flores, y una corona de laurel que arrojó una delicada mano desde un palco á donde instantáneamente se dirigieron todos los gemelos.

Terminaron los aplausos y aun no habia concluido la excitacion. A los bravos unánimes siguieron las ventajosas apreciaciones de la obra en particular. Nadie olvidaba el nombre del poeta, todos lo repetian y lo admiraban. Todos aseguraban guardarlo en su memoria como un tesoro; unos enaltecian un pensamiento de los infinitos que llenaban la obra; otros comentaban la mágica versificacion con que habia dado formas al magnífico asunto, otros repetian algunos fragmentos bellisimos por la poesia de las imágenes; todos á una reconocian en el jóven debutante dotes privilegiadas, y cualquier detalle de su vida que alguno inventaba ó referia, era escuchado con respeto y con vivo interés.

¡Ah! ¡qué triunfo! ¡qué triunfo!

Pero dejad la sala del teatro, y venid con nosotros al escenario. El telon os oculta un cuadro mas grandioso

que los que tanto habeis admirado y aplaudido, un cuadro que nadie podria bosquejar, porque mayor que el sentimiento apenas podria sentirse.

El poeta laureado recibe los plácemes de los artistas que han dado vida á su pensamiento, los estrecha en sus brazos, quisiera darles los tesoros de la tierra, porque le han alcanzado un nombre glorioso y solo les da lágrimas: sus amigos le rodean, sus amigos que ayer eran muy pocos, y casi indiferentes á su desgracia y que se han multiplicado maravillosamente, corriendo á felicitarle, á abrazarle, á ofrecerle el *desinteresado* testimonio de su admiracion y su entusiasmo. Todos los que se encuentran en aquel paraje, teatro de los primeros y mas queridos triunfos del genio que se levanta, se acercan á él y sin conocerle le manifiestan su satisfaccion y su júbilo... Todos le rodean, le estrujan, le estrechan contra su corazon y las felicitaciones resuenan por todas partes, formando un confuso murmullo, ensordecido por el ruido de los que fuera comentan el talento del ser privilegiado de aquella noche.

— Paso... paso... grita un anciano que llega al palco escénico, abriéndose camino por entre la muchedumbre que se encuentra apiñada en torno del poeta.

— Paso... paso... grita con balbuciente voz aproximándose mas y mas al centro del gran grupo.

Su voz domina á las de las demás, y llega á los oídos del jóven victorioso.

Al escucharla se separa de los que le cercan y corre al encuentro del anciano que viene acompañado de una jóven.

Se hallan, se abrazan y confunden sus lágrimas exclamando á un tiempo!

— ¡Padre mio!

— ¡Hijo mio!

La situacion cambia, y aquel nuevo grupo fija las miradas de todos. Algunos ojos dejan escapar furtivas lágrimas que no ha podido contener la emocion.

La joven besa las manos del hijo afortunado y cayendo en sus brazos y en los del anciano aumenta el interés.

— Hermana mia... hermana mia, dice el jóven lloroso; y asomando á sus ojos nuevo llanto, los tres confunden sus suspiros y sus palabras, sus palpitations y sus lágrimas.

¡Oh! este momento debe valer los mas crueles martirios. Esta felicidad debe ser la mas grande de la tierra.

Se nace á otra vida, esa vida de la gloria que todos han soñado realizándola pocos. El mundo que ayer nos despreciaba porque nos habia visto en la pobreza y en el abatimiento, hoy se separa para abrirnos camino y nos saluda y nos respeta, nuestro nombre desconocido ayer, corre hoy de boca en boca, sale de la ciudad y llega á las provincias, y pasa las fronteras, y resuena en los mas remotos países; los que ayer ni siquiera se dignaron dirigirnos una mirada compasiva cuando llegamos á sus puertas á pedirles trabajo para llevar el sustento á nuestro viejo padre, á nuestra enferma madre, á nuestros huérfanos hermanos, hoy nos brindan su proteccion y nos ofrecen sus servicios; las damas que ayer se rieron de la humildad y los anacronismos de nuestro traje, hoy se apresuran á colocarse á nuestro lado y á consultarnos sus sentimientos y á depositar en nosotros las fórmulas galantes que los autómatas de los salones les han hecho escuchar. Todo se cambia para nosotros, el cielo y el campo son nuevos, los objetos aparecen mas bellos de lo que son en sí, porque los prestamos el destello de la felicidad que arrulla y llena nuestra existencia.

Y aquel jóven habia logrado todo esto, habia ordenado á su varita mágica que trocase en ventura su infortunio, y el talisman habia obedecido, y el mundo y el cielo sonreian para él.

Al abandonar el teatro habia encontrado á la puerta de su modesta habitacion un lacayo lujosamente ataviado que deseaba entregarle una elegante carta.

Aquella carta era otro triunfo.

Una jóven de elevada gerarquía á quien habia demandado sin éxito seis días antes una mirada de amor, le daba la enhorabuena mas cordial y le citaba para el siguiente día...

¿Qué mas ventura podia alcanzar? ¿No debia hallarse satisfecho de su ovacion? ¿Podria cualquiera imaginarse que un jóven de su genio durmiese aquella noche sobre un pobre colchon de paja en un reducido sota-banco de un apartado barrio de Madrid? ¿Podria cualquiera figurarse que al despertar al otro día hallase los mismos muebles miserables y destruidos, las mismas paredes desnudas, la misma pobreza del día anterior? ¡Ah! no, esto seria horrible. No hay uno solo que no juzgue al laureado poeta en un suntuoso palacio, rodeado de todos los atractivos de la opulencia; no hay una sola jóven que no le vea con todos los encantos que hace presentir, aun á los mas inexpertos, esa vida de gloria que habia abierto sus puertas al novel escritor dramático? ¿Era dichoso?... Nadie hubiera creído en su desdicha.

¡Qué feliz es! se decian todos creyéndolo á puño cerrado. ¡Qué feliz es!

Y sin embargo no lo era; habia logrado fijar al atencion de algunos miles de personas, habia logrado realizar los sueños de su fantasia, su suerte en adelante no podia menos de cambiar otorgándole cuantos dones puede ofrecer en su mayor estado de prodigalidad, muchos editores dramáticos le habian esperado en el pórtico del teatro y le habian ofrecido muchos miles de reales por su obra: ¿qué mas podia esperar?

Con todo, si algo os ha interesado un jóven que en

alas de su genio se ha remontado á una envidiable altura, ha conseguido ceñir á sus sienas la inmarcesible corona de la admiracion y el entusiasmo, y ha dominado al parecer á la fortuna; si habeis sentido por él siquiera un vago deseo de su felicidad, compadece como nosotros. Es verdad que ha conquistado mucho; pero si viérais la fiebre, los desprecios, las horas de desaliento que le ha costado, no solo le admiraríais, sino que os prosternaríais ante él, porque es un mártir de su genio, y ha alcanzado la palma de su martirio...

¡Ah! por desgracia no son mentira nuestras palabras. No es solo desdichado por los dolores que han martirizado su alma en la espinosa senda que ha terminado. El triunfo le ha resarcido de todos ellos, pero el triunfo ha enjugado sus lágrimas, ha desterrado sus dolores, ha sido el arco iris de su desgracia?

No: despues de haber velado muchas noches, trabajando despues de haber sostenido mucho tiempo una lucha cruel entre las esperanzas y el desaliento, despues de haber sufrido el escarnio y la mofa de los que le veian trabajar con su noble y grandioso empeño, porque en su pequeñez no podian acostumbrarse á la idea de que otro pudiera ser grande y glorioso; despues de haber implorado por caridad que leyesen su obra sin conseguirlo, despues de infinitos dias de fiebre y de hambre, despues de haber tenido que soportar la venganza de retirarse á su morada con su manuscrito condenado sin haber sido juzgado, y el dolor de tener que confesar á su mísero padre y á su tierna hermana su derrota cruel, despues de verse sepultado en el aislamiento porque el que mas le creia un pobre loco; despues de tantas pruebas, solo habia conseguido treguas á costa de la mitad de su triunfo...

¡Ah! si: tuvo que vender la mitad de su felicidad. Un dia amaneció y su hermana enferma no pudo trabajar como tenia de costumbre para aliviar la pobreza de su padre... la enfermedad continuó muchos dias y los recursos se acabaron. La miseria era extrema, y sin embargo aquella familia indigente guardaba un tesoro en el drama del jóven poeta. Pero aquel tesoro no tenia valor ninguno para nadie mas que para aquellos tres seres desgraciados. En la mas crítica situacion, el jóven quiso trabajar aun en el oficio mas vejatorio, buscó, y no halló... La necesidad le obligó á dar un paso muy cruel. Un año antes habia estado su obra en manos de un editor dramático, este le habia hecho proposiciones insultantes, el jóven le abandonó y esperó... ¿Y su gloria? ¿Y las riquezas que su drama le proporcionaria? Pero un año despues su pobreza era mas apremiante, todas las puertas se habian cerrado y corrió á casa del editor.

Aquel mismo dia llegó á su casa con un puñado de duros. ¡Gozó! ¡ah! gozó, porque á su padre se le saltaron lágrimas de júbilo, y porque aquella mezquina cantidad era la primera que ganaba en el mundo, y le abria un porvenir si no de riqueza al menos de un mediano pasar.

Desde entonces no se cuidó de su drama que permaneció en manos del editor, y trabajó no por la gloria, en la que ya desengañado no esperaba, sino por el dinero, que mitigaria las penalidades de sus dos mas queridos seres, de su padre y su hermana.

Un dia recibió una esquela del editor en la que le rogaba fuese á verlo.

Cumplió su deseo y supo que su drama iba á representarse, gracias á su influencia, pero le rogó que no pareciese al teatro hasta la noche de la representacion.

Prometió darle gusto y salió ébrio de gozo. Se despertaron en su alma sus ideas de gloria y voló á participar la nueva á su padre.

Ocho dias despues anunciaban los carteles su obra. Pasados algunos mas dejó al anochecer su pobre vivienda acompañado de su padre y su hermana.

A estos últimos ya los hemos visto al comenzarse la representacion. Tambien hemos asistido al triunfo del primero.

Lo habeis visto aclamado por el público, cordialmente abrazado por sus amigos en el regazo de su familia, perseguido por los editores que se disputan la adquisicion de su obra... Sus pesares han desaparecido, pero su triunfo no es completo. Tiene gloria, pero las riquezas que debia alcanzar al mismo tiempo que su renombre, se las arrebató un negociante que por un pedazo de pan que dió ayer llena hoy sus arcas.

El poeta es universalmente admirado, todos le creen dichoso, y ya no puede pedir para comer. Sin embargo, al dia siguiente de su triunfo no ha variado su posicion. Esto amarga su dicha. La empresa gana con su talento, el editor se enriquece á su costa. El poeta ha alcanzado el derecho de que lean sus producciones, y dado por su primer triunfo, por un deseo legítimo, el oro con que podria satisfacer sus mas preciosas necesidades.

De lejos os ha parecido feliz, de cerca ya veis cuán desgraciado es.

Y con todos pasa lo mismo: el que no ha tenido que vender á un editor su primer trabajo, ha tenido que regalarlo á un teatro despues de haber sufrido mil vejámenes.

Cuando asistais al triunfo de un poeta, si os inspira el afecto que despierta el genio, no le juzgueis dichoso, alguna espina tiene en su alma.

Por cada uno que llega á la cima perecen cien en el camino. Amad y venerad á los poetas. Su gloria simboliza los mayores sufrimientos y la mayor resignacion.

JULIO NOMBELA.

S. M. la reina Isabel en Valladolid.

INAUGURACION DE LAS OBRAS EN EL FERRO-CARRIL DEL NORTE.

El recibimiento que los habitantes de Valladolid hicieron á S. M. la reina Isabel y á su real familia de tránsito para su viaje á Asturias, excede á toda ponderacion y seria inútil rebuscar frases en el idioma castellano para pintarle. Así pues, nos limitaremos á señalar los principales pormenores de esta recepcion entusiasta, deteniéndonos mas particularmente en las ceremonias de una obra importante del gran ferro-carril del Norte.

Al llegar al sitio en que empieza la estacion del ferro-carril, pasó S. M. á una carretela abierta para entrar en la ciudad. En este punto se veia una elegante tienda de campaña preparada por la sociedad de Crédito moviliario español, frente de la cual y marcando el trazado del camino, habia un arco de triunfo.

Tanto la tienda como el arco son bellísimos y hacen honor al gusto de los que han dirigido ambas obras.

En el arco, por la parte que mira á Madrid, se leia esta inscripcion: — A SS. MM. y AA. los ingenieros de caminos, canales y puertos. — La Sociedad del Crédito moviliario español. En el otro frente, hácia Valladolid, se leia: — Canal de Castilla, ferro-carriles del Sur y Campos, ferro-carril del Norte, ferro-carril de Dueñas á Alar, ferro-carril de Isabel II, telégrafos eléctricos, carreteras de la Coruña, de Asturias, de Salamanca, de Zamora, de Calatayud.

Casi al mismo tiempo que la escolta de alabarderos llegaron frente á la tienda el ayuntamiento y otras corporaciones, é inmediatamente, seguido del capitán general y de los brigadieres Makenna y Rubin, el conde de Lucena, que con su colega de ministro de Estado recorrió las piezas del pabellon real, tienda de campaña, decoradas con sin igual ostentacion, vestidas de seda, colgadas con el mayor gusto y embellecidas en sus dorados adornos con delicadas y frescas flores y hermosos ramilletes, que la bella señora de don José Semprun, banquero, con su hermano, del crédito en Valladolid, colocó por sí misma.

Salvas de artillería dieron aviso de que la reina habia llegado á la casa del señor Reinoso, que dista dos kilómetros de la estacion, y el general O'Donnell y las autoridades montaron á caballo, corriendo al encuentro de SS. MM., lo mismo que el escuadron de caballeros cadetes de caballería, que con el subdirector del colegio á la cabeza, formaban la guardia de honor.

Apenas descansaron SS. MM. y AA. algunos instantes en la tienda, se dignaron recibir al ayuntamiento y diputacion provincial, en cuyo nombre le saludó el jóven alcalde de la ciudad, y á la comision del Crédito moviliario español, compuesta de los señores Olea y Duclerc, á quienes acompañaban los ingenieros señores Fourrier, que lo es en jefe de la mas vasta seccion, Lesguillier, Muzzi y Boutilier, y un individuo de las oficinas centrales de la sociedad.

El señor Olea dirigió á la reina el siguiente oportuno discurso:

«Señora: La historia del glorioso reinado de V. M. presentará á las generaciones venideras, como uno de sus rasgos mas notables, el prodigioso desarrollo que, á impulsos de su ilustrado gobierno, han adquirido todos los elementos de riqueza pública y principalmente la construccion de vias férreas, votadas con todas las solemnidades legales por la representacion nacional, y cuya terminacion ha de producir tan grandes beneficios al pais.

«Como una de las de primera importancia entre esas líneas, existe con los trabajos en extremo adelantados, y que proseguirán rápidamente, la del Norte, la cual sostiene millares de familias que sin este recurso se verian acaso privadas hasta del necesario sustento. Pero V. M., que con su maternal solicitud atiende á todas las necesidades del reino, ha sabido proporcionar este beneficio á tantos infelices, y por ello V. M. será dignamente recompensada con las preces que sin cesar han de dirigir al cielo rogando por la salud de su bondadosa reina y por la de su augusta familia.

«No satisfecha con esto V. M., todavía ha hecho mas patentes sus desvelos por el bien público, animando con su real presencia la prosecucion de tantas y tan importantes obras, y prestándose á inaugurar una de las mas próximas á la ya floreciente capital de Castilla, que unirá con orgullo á sus mejores recuerdos el de este glorioso dia.

«A tan magnánima resolucion por parte de V. M. debe la sociedad general de Crédito moviliario español, constructora del camino de hierro del Norte, el alto honor de felicitarla cordialmente por su feliz venida á esta antigua córte, donde se complace en corresponder á tantas bondades, al asegurarla que no cesará la empresa en actividad y sacrificios para llenar sus compromisos y apresurar el término de la via férrea que tiene á su cargo, con lo cual quedará satisfecha la nacion y colmados los altos y generosos deseos de V. M., tan solícita siempre por el bienestar y la gloria de España.

«Para conseguir tan elevados fines, espera confiadamente la sociedad, que V. M. continuará dispensándola como hasta aquí su alta proteccion, contribuyendo así tan poderosamente á que se apresure el término de un ferro-carril, que no solo asegurará en vasta escala la prosperidad interior en los adelantos de la industria y la multiplicacion de las transacciones mercantiles, sino que estrechando nuestras íntimas relaciones de todas clases con las potencias mas cultas del orbe civilizado, nos facilitará los medios de recobrar entre ellas la con-

sideracion á que somos acreedores por los grandes elementos de prosperidad que encierra nuestro pais.»

S. M. escuchó este discurso muy satisfecha, dando pruebas de la proteccion que dispensa á las empresas de positiva utilidad, que mejoran la suerte de la nacion, y especialmente á las de ferro-carriles, cuyas ventajas encareció mas de una vez.

Mas tarde, y al ir anoche á palacio el señor Olea, administrador del Crédito moviliario, á quien acompañaban el señor Duclerc (don Eugenio), administrador tambien y director de la sociedad, y los ingenieros de la misma empleados en la línea del Norte, la reina acogió á todos estos señores del modo mas lisonjero, conferenciando detenidamente con el señor Duclerc, por quien se enteró del estado del ferro-carril y de las disposiciones de los concesionarios, que encontrarán en S. M. benévola cooperacion y eficaz concurso, lo mismo que en su ilustrado gobierno. Tambien el rey se mostró muy propicio á la gran empresa que tan adelantada tiene el Crédito moviliario español, y no ocultó la complacencia con que asistiría á la inauguracion del gran puente inmediato á esta ciudad.

Peró volvamos á la entrada triunfal de la reina en Valladolid. Seguidas del mas magnífico séquito, y en medio de las aclamaciones mas vivas y espontáneas, obstruido el Campo Grande por treinta mil cabezas, llenas de gente las calles hasta el punto de no poder marchar los coches, coronados los balcones por las damas vallisoletanas, poblado el aire de vivas, y agitándose al aire los pañuelos blancos, con el ceremonial y por las calles que designaba el programa, se dirigieron SS. MM. á la catedral. Allí se entonó por el arzobispo un solemne *Te Deum* en justa accion de gracias al Todopoderoso por haber traído á la antigua córte de los monarcas de Castilla á la excelsa princesa que hoy rige los destinos de España, dejando en todos los pueblos por donde pasa huellas indelebles de la piedad y de los sentimientos nobles y generosos que le trasmitió su augusta predecesora Isabel I.

El palacio real, hermoso edificio construido por Felipe III, se hallaban esperando á SS. MM. el claustro de la universidad, la audiencia territorial y las demás corporaciones y autoridades de la poblacion con multitud de ayuntamientos de los pueblos inmediatos. A todos los recibió S. M. con esa bondad incomparable y que tanto resalta en estas ocasiones, en que ni el cansancio del carruaje, ni el calor, ni el polvo, ni las molestias consiguientes á un viaje, y que no ya á una reina, sino á las personas mas acostumbradas á las privaciones fatigan y rinden, son parte para alterar su nobilísimo y bondadoso carácter. Pasamos por alto las ceremonias del besamanos, las recepciones régias, los banquetes y fiestas nocturnas para llegar al acto solemne de la colocacion de una piedra, en la que se ve esculpido el nombre de Isabel II, en el magnífico puente que se está construyendo sobre el Pisuerga, entre los pueblos de Santa Cruz y Cabezon.

Dejamos hablar á un testigo ocular que escribe de la isla del Pisuerga (Valladolid) con fecha 23 de julio:

Para recibir á la real familia, la sociedad del Crédito moviliario ha improvisado una isla en medio del rio, frente al puente, y á la que se llega por un puente de tablas, colgado de seda y empavesado con cien gallardetes de los colores nacionales. La tienda, que forma tres cuerpos distintos, tiene el siguiente repartimiento:

En la rotonda del centro, cuyas paredes están cubiertas de seda, se ven los retratos de SS. MM. de cuerpo entero, espejos, sillería del mayor lujo y un velador, sobre el que se ostentan bellísimos ramilletes de flores naturales.

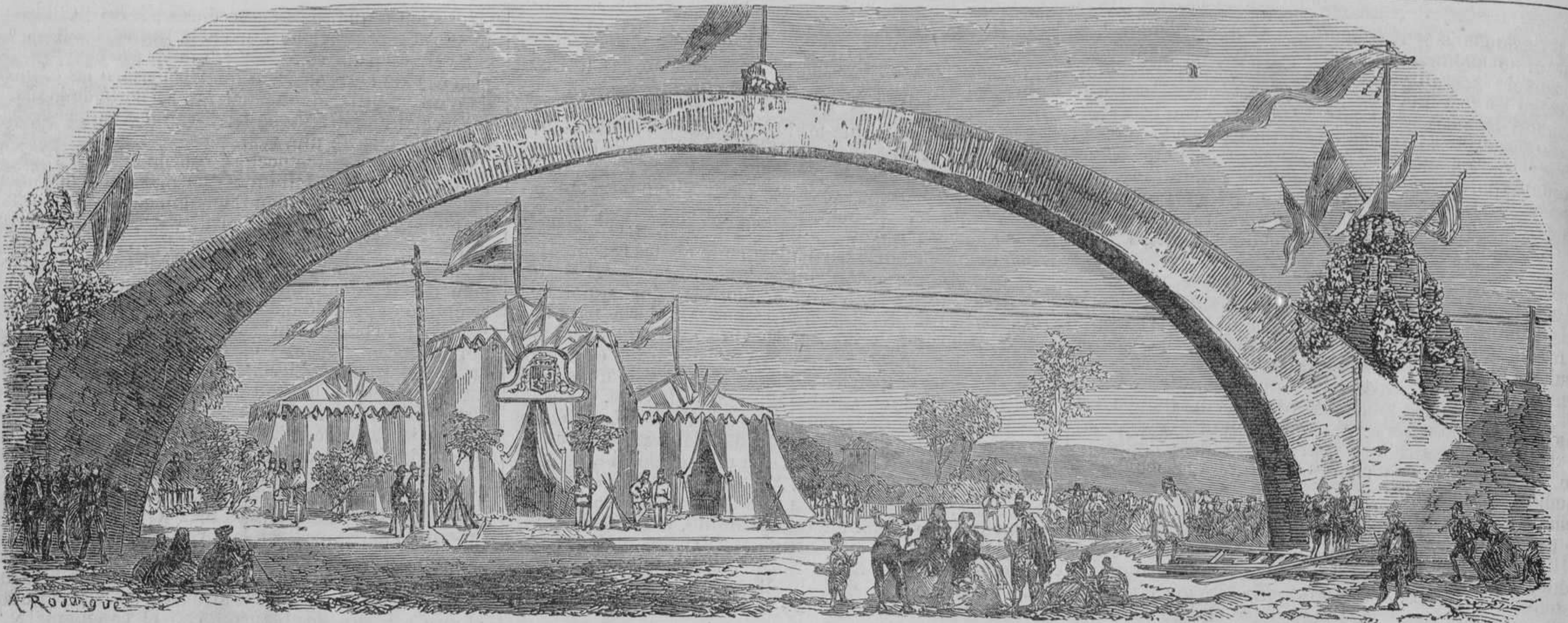
A la derecha hay dos lindísimos gabinetes de tocador, destinados á S. M. la reina y á SS. AA. RR., y á la izquierda otros dos, el uno que sirve de tocador á S. M. el rey, y el otro de *buffet*, perfectamente servido.

Enfrente de la puerta principal se eleva majestuoso el magnífico puente de cinco ojos, los tres del centro de un tamaño extraordinario, con las cimbras de construccion y sobre las cuales corren ligeras por un ferro-carril las gruas para subir el material.

SS. MM. y SS. AA. RR., acompañadas de la duquesa de Alba, la marquesa de Malpica, el duque de Bailen, el conde de Balazote, el marqués de Alcañices, el general Lemerich y el coronel Trillo, han llegado á las seis y media de la tarde desde Valladolid, que dista de aquí once kilómetros, siendo anunciada su llegada con bastante anticipacion, no por el repique de las campanas ni por el estampido del cañon, ni por las cornetas de la tropa, sino por los entusiastas vivas de millares de personas que llenaban el cimbraje del puente, las orillas del rio y los cerros inmediatos.

El general O'Donnell, el señor Calderon Collantes, el gobernador de la provincia, el capitán general, el regente de la audiencia y los señores Olea y Duclerc, representantes de la sociedad del Crédito moviliario, con el señor Albuérne, jefe de seccion de la misma, aguardaban á SS. MM. á la entrada del puente. Estando allí tambien el ingeniero en jefe del distrito, señor Lopez, el jefe francés M. Fouriniere, y el constructor del puente M. Lesguillier, viéndose entre los convidados á los ingenieros señores Marcoartú y Gonzalez, al señor Semprun, á su linda esposa, á la graciosa hija del señor Lopez y al señor Reinoso.

El señor Olea dirigió á S. M. breves pero oportunas palabras, diciendo que la sociedad cumplia con un doble deber al darle gracias por su conducto del interés y del apoyo que habia prestado al ferro-carril, y de la bondad con que hoy asistia á hacer mas solemne la inauguracion de una de sus obras mas importantes.



FERRO-CARRIL DEL NORTE DE ESPAÑA. — DECORACION DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE ARTE PARA LA VISITA DE LA REINA.

Delante de la régia comitiva marchaba una linda comparsa de niñas, obsequio que hacia á su reina el pueblo de Couces, se soltaron al aire multitud de palomas, y colocada S. M. debajo de las tiendas, le fué presentada por cuatro operarios una plancha de metal en la que se leían estas palabras :

« Colocada en presencia de S. M. la reina doña Isabel II el dia 23 de julio de 1858. »

Y con tres monedas de oro, plata y cobre, se fijó la inscripcion en lo alto del puente, mientras las gruas subian y colocaban diferentes sillares.

SS. MM. la reina y el rey conversaron afablemente con los señores de la sociedad y con los ingenieros franceses, que en estos momentos en que acaba de partir la régia comitiva, despues de haberse dignado aceptar un helado, no cesan de elogiar la bondad de nuestros monarcas.

El entusiasmo ha sido inmenso, y no es extraño. La presencia siempre grata de Isabel II para asociarse á la obra de mas importancia que contarán estos pueblos en muchos siglos, es suficiente motivo para todo.

Hay ya 320 kilómetros de explanacion, y casi concluidas todas las obras de fábrica. Dentro de un año, Segovia, Avila, Valladolid y Búrgos serán una sola provincia.

INCENDIO DE LA BOLSA DE AMBERES.

El monumento que un terrible incendio acaba de destruir en Amberes era



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO CERCA DE LA ESTACION.

uno de los mas hermosos de la ciudad. La primera cosa que los habitantes enseñaban á los forasteros despues de las obras maestras de Rubens y la catedral, era la Bolsa. — Sobre los arcos de un antiguo claustro restaurado se elevaba una alta y maravillosa cúpula toda de hierro y de cristal. Ninguna de las delicadezas del arte árabe faltaba á esa cúpula, como tampoco le faltaba al claustro ninguna de las elegancias del estilo bizantino. Las bóvedas estaban surcadas de medias cañas saledizas que se cruzaban en todos sentidos hasta los capiteles de las columnas. Estas, de bases octógonas, cinceladas y ornadas por arriba con mil dibujos caprichosos, sostenian treinta y ocho arcos : formaban un pórtico con un piso alto en el que se veian graciosas ventanas. En medio se extendia un patio cuadrangular de 51 metros de largo y 40 de ancho, en cuyas dos extremidades se elevaban dos elegantes torrecillas.

Este espacio permaneció descubierto durante dos siglos (desde 1531 hasta 1853), y sin embargo, tanto se admiró así la Bolsa de Amberes que por el mismo modelo se construyeron la Bolsa de Londres en 1566 y la de Amsterdam en 1608.

Dos palabras sobre el origen enteramente flamenco de la palabra *Bolsa*. Los negociantes de Bruges, en los tiempos del esplendor de esa ciudad, se reunian diariamente en el antiguo palacio de una familia noble llamada VANDERBUENSE, cuyos blasones, compuestos de tres bolsas, se hallaban esculpidos sobre la puerta.



PUENTE SOBRE EL PISUERGA, A DOS LEGUAS DE VALLADOLID.

Abreviando se llamó simplemente este edificio la *Bolsa*, nombre que se dió despuesá los establecimientos del mismo género. — En 1853 elevaron sobre el patio la espléndida cúpula que completó la fisonomía oriental del monumento, obra atrevida, de un aspecto original y de una ligereza incomparable. Ante todo trataron de poner en armonía los arabescos de la fundición con el estilo puro de la piedra del claustro. El arquitecto fundidor consiguió disimular la pesadez de las masas de metal llenándolas de calados; hizo ligeros festones, preciosos arabescos que corrían por la bóveda trasparente y que se veían en el aire, gracias á procedimientos desconocidos, á prodigios de mecánica.

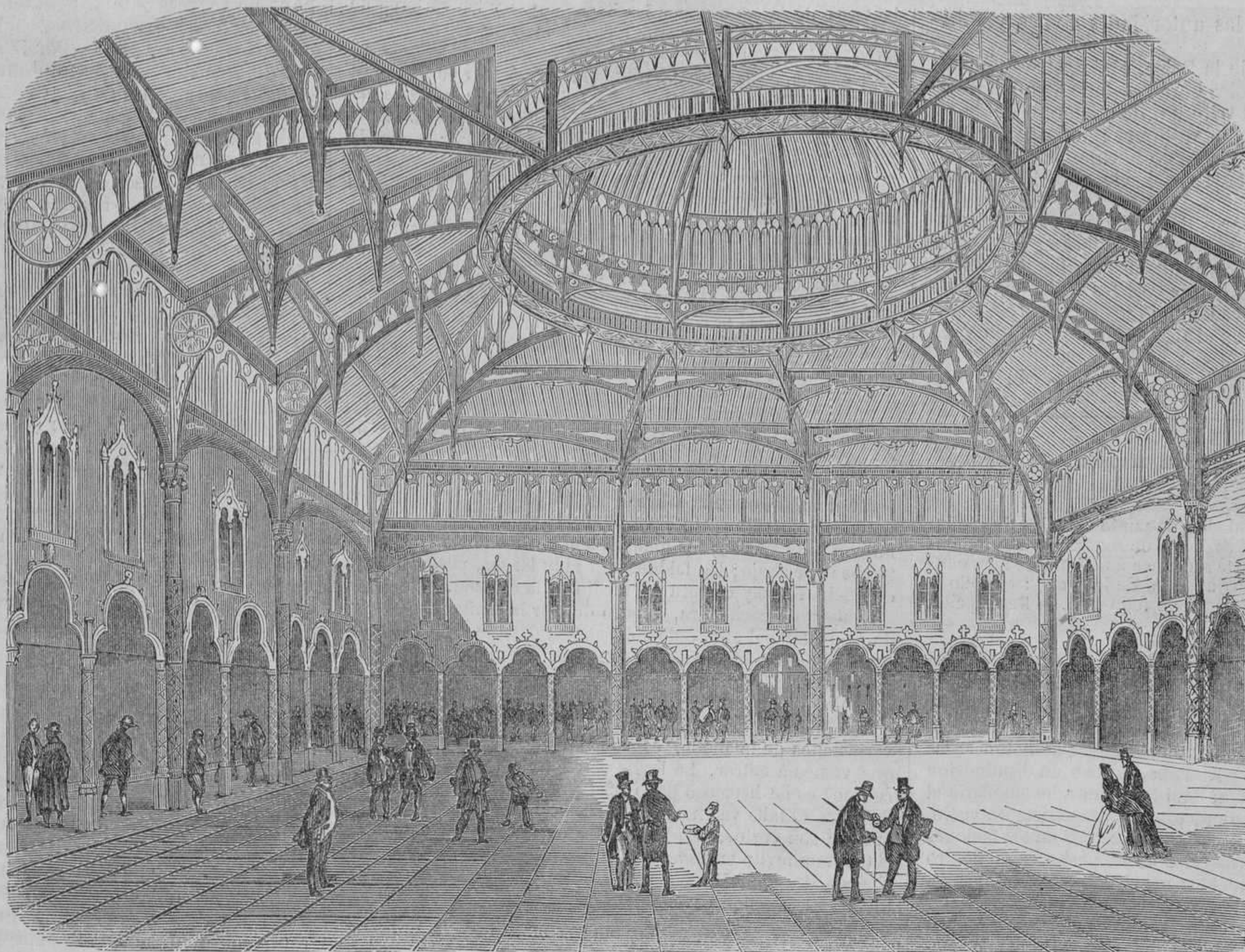
Las cúpulas de San Pedro de Roma y de Santa María de las Flores en Florencia solo tienen 42 metros de diámetro; las formas diagonales de la cúpula de la Bolsa de Amberes tenían 52 metros de largo. Había allí 700,000 kilogramos de hierro y 300,000 kilogramos de cristal, y soportaban estas masas doce pilares de fundición pegados á los muros y cincelados segun el mismo estilo y con los mismos dibujos que las columnas de piedra con

las cuales se confundían. Un entendido fundidor de Lieja, M. Marcellis, era el autor de esta maravilla. Los habitantes de Lieja la estimaban tanto que mandaron acuñar en su honor una medalla de oro que le entre-

el fuego; para preservar una parte de la ciudad, concentran el incendio en la Bolsa, le abandonan esa presa que ya no es posible disputarle. No obstante se hicieron prodigios de celo por parte de los hombres, los solda-

garon solemnemente en 1857. No sospechaban entonces que un año despues esas obras de fundición que parecían desafiar los esfuerzos del tiempo y los estragos del fuego, se hundirían en menos de una hora en un inmenso torbellino de llamas. En la noche del 2 de agosto, á eso de las once, se declaró un incendio en el granero de una casa contigua á la Bolsa, y se propagó á las construcciones de la bóveda, donde halló en los archivos del tribunal de comercio, de las cámaras de comercio y de los corredores, un alimento terrible. La llama se extiende por el interior, y comienza á salir por la techumbre. El cristal salta en añicos, y el hierro se disloca en aquel horno inmenso. A las doce se abre la cúpula con un estrépito espantoso.

Sin embargo, toda la ciudad acude á presenciar el desastre, que no tenía remedio. Los socorros organizados con toda la celeridad posible, no pueden nada contra



LA BOLSA DE AMBERES ANTES DEL INCENDIO DEL 3 DE AGOSTO DE 1858.



LA BOLSA DE AMBERES DESPUES DEL INCENDIO.

dos de la guarnición y las autoridades civiles y militares.

Nada se pudo salvar de la Bolsa, el desastre fué completo. La cupula de la Bolsa había costado 460,000 francos. En los armarios del tribunal de comercio había en billetes protestados muchos millones; todo se ha perdido. También han desaparecido hermosas pinturas al fresco, en las cuales trabajaban hacia años los señores Swertz y Guffens.

Hoy la bolsa de Amberes tiene el imponente y sombrío aspecto de las ruinas. Bóvedas abiertas, paredones aun en pié, columnas confundidas con las barras de hierro torcidas y el cristal en polvo, las delicadas esculturas mutiladas y enterradas bajo los escombros, vigas calcinadas, cenizas, ese es el triste espectáculo que presenta el monumento.

L. D.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Nada de novedades en punto á modas de otoño. — Un traje de caza. — Proyectos de modas para la temporada próxima. — En qué se reconoce á un hombre bien educado. — Estudio sobre la juventud de la época: el pollo y el gallo. — Otro traje de caza de todo lujo. — Descripción del figurin de este número.

Nada nuevo en punto á novedades de otoño; la moda se contenta hoy con variar los trajes de caza. Voy á describir uno de ellos, el que me parece mas completo, cómodo y elegante. Es de terciopelo rayado verde oscuro; la casaquilla cruza sobre el pecho por medio de una doble hilera de botones; las mangas son muy anchas por arriba, y van en disminucion hasta ser angostas por abajo, aquí la anchura incomodaria al cazador. Los faldones, aunque cortos, tienen bastante vuelo, y hay en la prenda ocho bolsillos, á saber: dos en los faldones por delante y dos por detrás; dos en el pecho, uno dentro para la cartera y otro pequeño para el dinero que se pone á la derecha cerca del último boton.

El chaleco baja sobre las caderas y se puede abotonar hasta arriba. El calzon muy ancho se ajusta en la rodilla por medio de cinco botones de nacar. El traje se completa con botas de caza, ó polainas y zapatos, y una gorrita de terciopelo rayado con visera de piel inglesa.

Seguramente este traje no puede rivalizar en elegancia con el traje oficial usado en Fontainebleau ó en Compiègne, cuando el emperador manda á un personaje un boton imperial á guisa de esquila de convite.

En cuanto á los proyectos de elegancia para el otoño, se habla de dar á los fraes un corte que ajuste al talle. También se dice que se volverá á los chalecos altos y cerrados hasta arriba. Por mi parte aborrezco estos chalecos que ocultan la pechera de fina batista. Y hablo así, porque en el día es imposible conocer á un hombre bien educado, si no es por su camisa, en atención á que se han perdido los buenos modales. En el día un noble hace todos los esfuerzos posibles para parecer tan mal educado como un mozo de cuadra. La caballería parisiense está en plena decadencia, y ya solo se encuentra cortesía entre los nobles extranjeros que tratan aun con todo respeto á las mujeres.

Antiguamente había caballeros y marqueses que adoptaban los colores de una dama, y antes morían que comprometerlas; hoy los reemplazan dos tipos curiosos de estudiar, y que designaremos con estos títulos que han merecido á la gente chusca, el pollo y el gallo. Existen entre ambos algunas diferencias, aunque han adoptado las mismas formas y siguen los mismos principios. El pollo sale de la escuela y lo sabe todo; ama á todas las mujeres en general, y en particular á ninguna. Como solo emprende conquistas fáciles, se figura que todas las mujeres están vaciadas en el mismo molde. Es necio é impertinente como una nulidad; apenas sale al teatro de la vida quiere encargarse de los primeros papeles. Se viste de un modo ridículo creyendo hacer el guapo, y á esto se reduce toda su ciencia.

El gallo, mas serio y mas grave, difiere del pollo en que finge amar á todas las mujeres cuando en realidad no ama á ninguna. Por el contrario, se divierte insolentemente en señalarlas con el dedo, con todo el desden de un Don Juan afortunado. El gallo se riza los bigotes y la barba, y se da un aire majestuoso. Se presenta como un hombre de mundo; tiene vistosos chalecos, pantalones y fraes á la última moda, una corbata tan pretenciosa como sus bigotes, y lleva el bastoncito con mucha gracia. Se da por un hombre que lo sabe todo, que lo ve todo y que de todo dispone. Lleva un registro en regla de todas cuantas víctimas ha hecho, y algunos de las cuentan por centenas. Todo gallo vive persuadido de que cuanta señora encuentra en su camino está esperándole; así es que se acerca á ella, y sin mas exordios la dice:

— Me agradais y os amo.

Como la señora se incomoda naturalmente al oír esta declaración que considera como un insulto, el gallo dice que es una mujer insípida y la vuelve la espalda, pues la encuentra indigna de su admiración y de sus favores.

Mientras llegan las modas de otoño, la gente vive y se divierte en el campo. Hé aquí un traje sencillo y distinguido. — La casaquilla jaqueta es de hermoso paño zéfiro azul Eugenia, que se abotona si se quiere. Las mangas no llevan bocamangas ni abertura. El chaleco y el pantalon son de la misma tela (saten liso avellana claro). El chaleco de pequeño chal tiene un largo ordinario, y el pantalon, de un corte holgado y natural, cae derecho sobre el pié.

También conozco otro traje de caza que no quiero olvidar. Se compone de una casaca de bonito paño escarlata, con el cuello, las bocamangas y las carteras de las caderas de terciopelo azul claro; lleva por adorno un galon de 35 milímetros de plata ó de filete de oro, que se extiende por los de-

lanteros de la casaca, por las bocamangas y las carteras de las caderas. Su corte es el del frac á la francesa redondo y en escape, con el talle un poco largo.

El chaleco de terciopelo azul, también á la francesa, lleva el mismo galon al rededor y en los bolsillos. Su corte es derecho y por lo regular se abotona hasta arriba. Calzon largo, ajustado, de punto doble blanco y con trabillas; gorra de terciopelo de forma redonda.

Hé aquí la descripción del figurin que representa las últimas modas.

La primera figura colocada á la izquierda lleva vestido de verano todavía; la hemos puesto no tanto por la naturaleza de la tela, como por el corte de su chaleco y de su pantalon, que tienen la forma de los que van á ser llamados á los primeros honores de la moda en la próxima temporada. En una palabra, empleando otra tela mas abrigada, es un buen traje de mañana para llevarle debajo del sobretodo. La jaqueta es de lana mezclilla y tiene una sola hilera de botones.

El chaleco de piqué blanco es de forma derecha, y lleva un cuellecito alto. Este piqué sirve para vestir y para traje de fantasía. Pantalon azulado de saten liso.

Después tenemos un traje de otoño que se compone de una levita granate, cerrada sobre el pecho con dos hileras de cinco botones; el cuello corto lleva tapa de terciopelo; las solapas no son muy anchas; las mangas son anchas por arriba y estrechas por abajo; los faldones no muy largos, pero con algo de vuelo. No hay costura en medio de la espalda.

Chaleco de cachemira, género de por la mañana, es decir, de pequeño chal alto, ó de solapas grandes, de un largo ordinario. Pantalon *mastic*, liso, ancho por los muslos y estrecho por abajo sin trabillas.

La tercera figura, hombre de treinta años, ofrece un traje clásico, de los que se llevan siempre á despecho de todas las variaciones de la moda, es sencillo y propio del tiempo en que vamos á entrar. La levita se abotona toda ajustando el cuerpo; es de hermoso paño azul y lleva en el interior forro de seda. El talle va en su lugar sin ser largo, y los faldones, aunque son cortos, tienen bastante vuelo.

Con una levita cruzada que se lleva abotonada siempre, un chaleco de pequeño chal corredizo es la forma mas conveniente. El pantalon es de entretiempo rayado, gris-mejillilla.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Amado Bonpland (1).

I.

AMADO JACOBO ALEJANDRO GOUJAUD, mas conocido bajo el nombre de BONPLAND (2), nació el día 29 de agosto de 1773 en la Rochela, donde su padre ejercía con distinción la profesion de médico. Destinado á reemplazarle, fué enviado á Paris á recibir una instrucción mas esmerada que la que podía procurarle una ciudad de provincia. Estudió bajo la dirección de los mas hábiles maestros que poseía entonces la Escuela de Medicina de aquella gran capital, y fué uno de los mas aventajados discípulos de Dessault, y el mas íntimo amigo de Bichat, tan prematuramente arrebatado por la muerte á la admiración y á los aplausos de sus contemporáneos.

Un instinto secreto, una propension innata, lo llevaba en sus horas de descanso al Jardín real de las plantas, donde observaba con atenta curiosidad los tesoros acumulados en aquel vasto depósito de las producciones naturales de todos los climas. Ofuscado por la vista de tantos objetos, su espíritu se quedó por algun tiempo indeciso en la elección de los que debían mas particularmente ocuparlo. Admiraba el orden que reinaba en las colecciones geológicas y zoológicas debido al genio de Buffon y de Daubenton; esa asombrosa variedad de organización, de forma y de colores que presentaban, por todas partes, las series no completas, pero copiosas de los seres animados é inanimados de la creación. Pero lo que mas captó sus sentidos, fué la reunion de tantas plantas, que la mano experta de Jussieu había distribuido en familias, haciendo mas sencillo y perfecto el sistema de Linneo. Este estudio, que era genial y secundario en Bonpland, formó desde entonces su principal ocupación; y si continuó á asistir á la Escuela de Medicina, fué solamente por no faltar á las órdenes de su padre, pero sin fervor y sin afecto, y como un acto de resignación á una voluntad inexorable.

Un incidente inesperado vino á sacarlo de esta posición ambigua. El gobierno francés, en medio de los azares del espíritu revolucionario que se había apoderado de la Francia y de los ejércitos extranjeros que se preparaban á invadirla, había decretado la salida de una expedición destinada á explotar las colonias españolas desde el istmo de Panamá hasta el río de la Plata. El capitán Baudin, investido del mando de los buques, llevaba á su bordo dos naturalistas que debían llenar la parte mas importante de su misión. El uno era el señor Michaux, que había visitado la Persia y que aca-

(1) El día 11 de mayo de 1858, á las cuatro de la tarde, falleció, en su establecimiento de Santa Ana (*estancia*), en la provincia de Corrientes, el célebre naturalista Jacobo Alejandro Goujaud, mas conocido bajo el nombre de Bonpland.

Los apuntes biográficos que publicamos con el retrato del ilustre difunto, escritos en Montevideo en 1854, nos han sido remitidos por su mismo autor, el señor de Angelis, para su inserción en nuestro periódico, deseo que nos prestamos á satisfacer muy gustosos, creyendo complacer en ello á nuestros lectores.

(2) Este nombre le fué dado por el padre, viéndolo tan ocupado en cultivar las plantas de su huerta. De *Bon-plant* se hizo después *Bonpland*, que reemplazó su nombre de familia.

baba de regresar de los Estados-Unidos, cuyas principales producciones naturales había descrito en una obra acreditada; El otro, el señor Bonpland, que aunque joven fué considerado como el mas digno de serle asociado. El señor Humboldt, que se hallaba en Paris, solicitó y obtuvo de ser su colaborador.

La guerra que estalló poco después en Europa, y en la que intervino la Inglaterra con todo su poder marítimo, impidió la salida de la expedición, y dejó en libertad á los señores Humboldt y Bonpland, unidos ya por el doble vínculo de la amistad y de la ciencia, á buscar otros arbitrios para satisfacer su deseo de visitar alguna parte poco conocida ó ignorada del globo. Aceptaron la oferta que le hizo un cónsul de Suecia, de embarcarse á bordo de una fragata, que llevaba al bey de Argel los ricos presentes que le enviaba el rey de su nación. Conviniéron en visitar la inmensa cadena que se extiende desde las arenas del desierto hasta el límite de las nieves eternas que cubren las cimas mas altas del Atlas, y de reunir después estos trabajos á los de la grande expedición, que bajo las alas de la victoria exploraba los olvidados monumentos del poder y del genio de los Faraones.

El buque que debía trasportarlos á Argel, tuvo que arribar al puerto de Cádiz, para reparar las fuertes averías que había sufrido en su viaje. Esta nueva contrariedad los decidió á pasar á España, que mantenía entonces frecuentes relaciones con sus colonias. El aislamiento á que las había condenado la política suspicaz de la metrópoli, no había permitido penetrar en aquellas misteriosas regiones, y las noticias inexactas de algunos viajeros excitaban aun mas la curiosidad de los que podían satisfacerla.

Esta vez no quedaron burladas las esperanzas de nuestros naturalistas. El señor Urquijo, ministro ilustrado de la corte de Madrid, les acordó toda su protección, y no solamente les permitió tomar pasaje á bordo de la corbeta de guerra el *Pizarro*, que acababa de regresar del Río de la Plata, sino que les dió órdenes y recomendaciones para todas las autoridades de las posesiones españolas del Nuevo-Mundo.

En los días que precedieron su salida, visitaron los establecimientos científicos de Madrid, y trataron á los hombres mas distinguidos, que por conformidad de inclinación y de estudio les inspiraban mas simpatías. Tuvieron largas entrevistas con Ortega, escritor infatigable, y director de los museos reales; con Ruiz y Pavon, autores de la *Flora del Perú*, con Née, que había acompañado á Hænche en la expedición desgraciada de Malaspina, y sobre todo con Cavanilles, el Nestor de los botanistas españoles, cuyas obras son aun lo que existe de mas importante sobre la Flora de España (1).

Llegó al fin el momento deseado de poner término á estas demoras. Después de una feliz travesía, llegaron á las playas del Nuevo-Mundo, que tanto han ilustrado con sus trabajos. Los que quisieran seguirlos en su peregrinación, y admirar sus descubrimientos, pueden consultar sus obras. ¿Quién se atrevería á retocar ese gran cuadro delineado con tanta maestría por los señores Humboldt y Bonpland? ¿Quién podría elevarse á su altura para juzgar de su mérito? Todos los ramos del saber, en sus mas vastas proporciones, en sus mas recónditos arcanos, han ocupado la mente de estos incansables viajeros, que librados á sus propios recursos, arrostraron la árdua tarea de examinar y describir las riquezas, escondidas hasta entonces á las investigaciones de los sabios. Hechos históricos, detalles estadísticos, observaciones etnológicas, colecciones abundantes de geología, mineralogía, zoología, botánica, nada fué desatendido, y todo entró en el plan asombroso de sus tareas, que puede considerarse mas bien como la enciclopedia, que como una simple descripción de los parajes que visitaron.

Al señor Bonpland le cupo la parte de la botánica, en la que era maestro. Cualquiera otro hubiera desmayado al aspecto de una naturaleza tan variada y exótica. La mayor parte de las plantas no se hallaba en los catálogos mas completos que existían. No se trataba solamente de recogerlas, sino que había que describirlas y clasificarlas: trabajo ímprobo que requería toda la práctica y el acierto de un observador consumado. Esta sección del « Viaje al interior de la América meridional, » no es la menos considerable (2). La coordinación de tantos materiales útiles ocupó exclusivamente á los señores Humboldt y Bonpland, á su regreso á Europa, y solamente al cabo de algunos años pudieron empezar á comunicar al público el fruto de sus afanes.

La aparición de una obra tan monumental y clásica despertó un sentimiento general de admiración, no so-

(1) *Icones et descriptiones plantarum, quæ aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortis hospitantur.* Madrid, 1791—99, 6 vol. in fol.

— *Hortus regius Matritensis*; que quedó incompleto por la muerte del autor.

(2) Transcribimos aquí los títulos de las obras de que se compone:

1º Plantas equinoxiales recueillies au Mexique et dans l'île de Cuba.

2º Monographie des mélastomes et autres genres du même ad plagam æquinoctialem orbis novi collegerunt, descripserunt et adumbraverunt Am. Bonpland et Al. Humboldt.

3º Mimoses et autres plantes légumineuses du nouveau continent.

4º Synopsis plantarum quas in itinere ad plagam æquinoctialem orbis novi collegerunt Humboldt et Bonpland.

5º Révision des graminées publiées dans les Nova genera et species plantarum de MM. Humboldt et Bonpland.

lamente en las clases ilustradas, sino en las personas mas ajenas de las materias que abrazaba: porque a los detalles científicos se agregaba la descripción de usos y de costumbres, que los pueblos primitivos de aquellas regiones habian conservado sin alteracion, desde la época de la conquista.

II.

En aquel tiempo, la emperatriz Josefina prodigaba sus tesoros para hacer de su Corada de la Malmaison una de las residencias mas espléndidas de la Francia. El señor Bonpland fué convidado á dirigir los trabajos de sus jardines y de su parque. ¡Quién mejor que él podia satisfacer tan generosos anhelos! En pocos años hizo de Malmaison una mansion deliciosa. Las plantas mas raras, las flores mas exquisitas, los árboles mas singulares adornaban aquellos sitios encantadores, donde, en sus momentos de descanso, iba á buscar algun alivio el genio infatigable que tenia en sus manos los destinos del mundo.

El señor Bonpland tuvo muchas veces la ocasion de hablarle de sus viajes, y la satisfaccion mas grata para él de iniciar á la emperatriz en los estudios que él cultivaba. Dotada de un gusto exquisito y de una memoria prodigiosa, Josefina habia aprendido á distinguir las plantas reunidas en sus invernáculos, y á llamarlas no con los nombres vulgares, sino con los que la ciencia les habia dado. Para dar á su maestro una prueba de sus progresos, solia preguntarle con una gracia singular. — « Eh bien, monsieur Bonpland, comment se porte la *Bonplandia germiniflora*? No porque fuese la flor mas hermosa de sus vergeles, sino porque llevaba el nombre que le habia dado Cavanilles en honor del señor Bonpland.

No era esta la sola muestra de aprecio que le dispensaba la emperatriz. El señor Bonpland ocupaba en su corte una posicion distinguida. No solamente era el director, sino uno de los administradores de la Malmaison y de Navarra, que eran consideradas como las mas valiosas propiedades de la Francia. En las recepciones y fiestas tan frecuentes como magníficas, en las dos residencias, las flores deslumbraban por su hermosura y sus variedades. Los que eran admitidos á estas reuniones, despues de haber contemplado las obras de los grandes artistas de todas las épocas y de todas las escuelas, y de haber admirado la riqueza de los muebles y el gusto de los adornos, se extasiaban á la vista de tantas flores, cuyos perfumes despertaban en el alma las mas agradables sensaciones. En aquellos dias venturosos todo respiraba seducción y grandeza al rededor de la mujer predestinada, que abria las puertas de su alcázar á la sociedad la mas escogida de Europa.

Pronto debia anublarse el cielo en que brillaba su estrella. El hombre extraordinario á quien habia consagrado su existencia rompió violentamente los lazos que lo ligaban á la que lo habia acompañado en su gloria y en sus triunfos. Josefina expió en un dia todos los halagos de la fortuna, y descendió del alto puesto á que se habia elevado, como si lo hubiese abdicado voluntariamente. Oyó con frente serena el anuncio de su descenso del trono, y por un esfuerzo de que solo un alma grande es capaz, refrenó el llanto para ocultar su dolor al mensajero de su infortunio. « No es la pérdida de la corona que me aflige, dijo aquel mismo dia al señor Bonpland, sino la del hombre que mas he amado en mi vida, y que no dejaré de amar hasta la tumba. » Muchos años habian pasado despues de estas escenas lúgubres, y el señor Bonpland repetia estas palabras con ojos humedecidos, con voz trémula y alterada.

Despues de una larga interrupcion, Napoleon hizo prevenir á la emperatriz que iria á visitarla al dia siguiente. La idea de ver otra vez á su lado al que, aunque ingrato, ocupaba el primer lugar en sus afecciones, que revivó todas sus impresiones. El poco tiempo que medió entre el anuncio y el arribo del emperador, fué empleado en dar á esta entrevista el carácter de un memorable acontecimiento. Muchas fueron las disposiciones, muchos los preparativos que se hicieron para festejarlo. Lo que mas ocupó á la emperatriz fué el aparato de las flores. « Mañana, dijo al señor Bonpland, todo debe ser gozo y alegría al rededor de nosotros. Aguando al emperador: ponga Vd. flores en todos los ángulos de mi morada. Quisiera tener el poder de hacerlas brotar de debajo de sus pisadas. » En aquel dia Josefina olvidó todas sus amarguras; no recordó sino su felicidad pasada. Por una delicadeza que es fácil comprender, recibió al emperador en el peristilo de su palacio, y conversó con él á la vista de sus cortesanos. No ignoraba la oposicion que habia encontrado Napoleon para visitarla; y realmente, lo que lo habia alejado de la Malmaison no era la indiferencia, sino los celos de su nueva consorte.

Napoleon no quiso retirarse de la Malmaison sin visitar las ricas colecciones de plantas que habia reunido el señor Bonpland en sus magníficos jardines de invierno. Elogió su disposicion, admiró sus nuevas conquistas, y le felicitó por los resultados que habia obtenido de sus ensayos de aclimatacion. Estimulado por tan altos sufragios, el señor Bonpland emprendió y publicó la « descripción de las plantas raras que se cultivan en Navarra y en la Malmaison, » una de las obras mas espléndidas que han salido de las prensas de Paris, y adornada de muchas láminas debidas á los mejores artistas de la Francia.

La caída de Napoleon despedazó el corazon de Josefina. Nada habia de egoista en este sentimiento: su posicion personal no habia variado. En medio de las grandes mudanzas que se operaban en Francia, en los hombres, en las cosas, en las opiniones, en el gobierno, los principales instrumentos de esta catástrofe se complacian en rodear de atenciones á la que fué la compañera afortunada de su víctima. El emperador de Rusia, el rey de Prusia, los que ocupaban los mas altos destinos en la diplomacia y en los ejércitos, fueron á ofrecerle sus homenajes en el silencioso retiro de la Malmaison. Una guardia de honor custodiaba su persona, y hacia respetar sus propiedades. Nadie se hubiera atrevido á profanarlas; pero el interés que tomaban en su conservacion los que habian invadido la Francia, era una manifestacion elocuente del respeto que le tributaban. La emperatriz reconcentrada en su dolor, hubiera querido sustraerse á estas visitas oficiales. « No es este mi lugar, decia un dia al señor Bonpland, que habia llegado á ser el confidente mas íntimo de sus penas. El emperador está solo y abandonado. Desearia estar á su lado para ayudarlo á soportar sus amarguras. ¿Pero puedo hacerlo?... Nunca he sentido mas haber perdido el derecho de llenar estos deberes. He podido resignarme á vivir separada de él cuando era feliz: ahora que es desgraciado, me es muy gravoso permanecer en este aislamiento. » Pero ya se acercaba la hora que debía hacer eterna esta separacion. La emperatriz fué atacada de un mal de garganta que no tardó en tomar el carácter de una esquinancia cancerosa. Todos los auxilios del arte fueron inútiles para combatirla: expiró el 29 de mayo de 1814, en medio de sus hijos, el príncipe Eugenio y la reina Hortensia, con quienes confundió sus lágrimas el emperador Alejandro, que asistió á sus últimos momentos.

El señor Bonpland presenció esta escena de luto, que hizo en su ánimo la mas profunda impresion. Lloró, no la pérdida de su fortuna, sino la de la mujer incomparable que lo alentaba con su proteccion y sus sufragios.

III.

La Malmaison perdió prontamente todo su brillo: su decadencia fué tan rápida como habia sido lenta la creacion. El señor Bonpland tuvo el dolor de ver malogrado el fruto de sus cuidados, de tan costosos é imponderables sacrificios. Su permanencia en Francia ya no tenia ningun encanto: nada podia llenar el vacío que dejaba en él la muerte de la emperatriz y la destruccion de su morada. Estos recuerdos eran dolorosos, y le hicieron sentir la necesidad de buscar algun alivio en la actividad y el trabajo. Su espíritu se reportó á los tiempos pasados cuando recorria las mas ricas provincias de la Nueva-España, en compañía de su ilustre amigo el señor Humboldt. Le pareció que quedaba aun mucho que hacer para llenar el programa que se habia trazado, sobre todo en la parte botánica que podia recibir grandes incrementos. A las plantas equinociales que crecen en la region de las palmeras, y en las cumbres nevadas de los Andes, debian haberse agregado las que se producen en la zona templada, tan imperfectamente descritas por el P. Feuillée, y tan rápidamente observadas por Commerson; y el señor Rivadavia, que se hallaba entonces en Paris, lo animó á no desistir de este intento. Se embarcó pues el señor Bonpland en un buque pronto á dar la vela para el Rio de la Plata, y llegó á Buenos Aires á fines de 1816.

El estado del pais no era el mas á propósito para emprender esta tarea. La independencia de estas provincias, tan animosamente proclamada por el Congreso de Tucuman, tenia aun muchos obstáculos que vencer, y poderosos enemigos que combatir.

Artigas mantenía en la anarquía lo que lleva ahora el nombre de república oriental del Uruguay, de cuya agitacion participaban las provincias de Entreríos y Corrientes: el dictador Francia reinaba despóticamente en el Paraguay, cerrado del todo al comercio extranjero. San Martín organizaba su ejército para llevar la libertad á Chile; la espada de Bolívar no habia todavía afianzado los destinos de Colombia, y el alto y el bajo Perú permanecian bajo la dominacion de la España, cuyos ejércitos ocupaban los puntos principales de aquellas colonias. Todo era desasosiego y peligro en la vasta extension del continente americano.

El señor Bonpland, contrariado en sus proyectos, aceptó la oferta que le hizo el gobierno de ocupar una cátedra de medicina en la universidad de Buenos Aires; pero arrastrado de su amor á sus estudios predilectos, abandonó las aulas, y se fué á fundar un establecimiento agrícola en una de las antiguas misiones del Uruguay, donde habia tranquilidad, porque reinaba la soledad y el desierto. Muy penosos fueron sus preliminos, pero ya habia conseguido vencer las dificultades que siempre acompañan á las empresas de esta naturaleza, cuando el genio suspicaz del dictador Francia se alarmó de sus progresos. Aunque fundado en una provincia limítrofe, y separado del Paraguay por un rio caudaloso, se propuso destruirlo. Un dia que el señor Bonpland descansaba en su aposento, fué despertado por la gritaria de sus peones, que habian sido sorprendidos por una fuerza considerable de paraguayos. Se asomó á la puerta, y viendo gente desconocida, empuñó un arma para oponerse á lo que creyó, y era efectivamente, una agresion. Pero en el primer encuentro recibió un sablazo en la cabeza, que lo puso en la imposibilidad de defenderse. Atado como un malhechor,

fué arrastrado á los botes en que las tropas del dictador habian atravesado el Paraná, y bajo buena escolta fué conducido á Itapuá. De este punto fué trasladado á otro mas retirado, con orden de no alejarse por mas de una legua al rededor de su habitacion. Su establecimiento fué completamente arruinado: nada quedó de lo que habia hecho para fundarlo.

Privado de su libertad, agredido en sus intereses, condenado al silencio y al aislamiento, el señor Bonpland halló en su estoicismo consuelos y motivos para reir de los caprichos de la fortuna, comparando los dias pasados en la corte de la emperatriz Josefina con su dependencia actual de un tirano oscuro del Paraguay. Resignado á su suerte, se puso á observar las producciones naturales del pequeño trecho que le habia sido designado. Dejaremos que él mismo refiera las demás ocupaciones que le ayudaron á pasar sin privaciones los nueve años de su cautiverio.

« He pasado, escribia á un amigo á quien anunciaba su próxima llegada á Buenos Aires, una vida tan feliz, como es posible pasarla cuando un hombre se halla privado de toda relacion con su patria, su familia y sus amigos. El ejercicio de la medicina me ha servido como un medio de existencia, y como no exigia todo mi tiempo, me entregué, por gusto y necesidad á la agricultura en que he hallado muchos goces. Formé tambien una fábrica de aguardiente y de licores, y un taller de carpintería y un aserradero que suplían no solamente á las necesidades de mi establecimiento, sino que me procuraban algun lucro por los trabajos que me eran encomendados. De este modo habia adquirido una posicion cómoda y ventajosa. El dia 12 de mayo de 1829 el delegado de Santiago me intimó la orden del Director Supremo de salir del Paraguay, etc. »

IV.

La liberacion del señor Bonpland excitó en Europa un entusiasmo universal. Las circunstancias de su cautiverio, el lugar de su destierro, la persona de su agresor, todo contribuía á dar á su reaparicion el carácter de una vision fantástica. Haber vivido en la dependencia de Francia; haber pasado tantos años en un pais impenetrable como el Paraguay; poder hablar de sus producciones, de sus habitantes, de sus costumbres, de su gobierno, eran títulos no comunes para despertar la curiosidad pública. Luis Felipe, que acababa de subir al trono, mandó órdenes á sus agentes y al jefe de la estacion naval francesa en el Rio de la Plata, de franquear al señor Bonpland todos los auxilios que le fueren necesarios para regresar á sus hogares; y el señor Humboldt fué á anunciar al Instituto de Francia la próxima llegada de su antiguo compañero y amigo, como un acontecimiento de que debian alegrarse todos los que cultivaban las ciencias.

Estas muestras tan lisonjeras de aprecio, este homenaje espontáneo de la parte mas culta y elevada de Europa, y el deseo tan natural en los hombres de volver al seno de su familia, para olvidar las desgracias pasadas, no bastaron á decidir al señor Bonpland á cambiar los hábitos de una vida tranquila con los deberes y la agitacion de una existencia mas acomodada. Hubiera hallado ciertamente en Paris recuerdos, distinciones, comodidades; ni le hubieran faltado admiradores y aplausos: pero ¡cuántos sacrificios le hubieran costado estos goces! Un dia que nos hablaba con expansion de su propósito de no alejarse de estos parajes, nos decia: « Acostumbrado á vivir á la sombra de árboles seculares; res; á oír el canto de las aves que se anidan en sus ramas; á ver deslizarse á mis piés las aguas cristalinas de un arroyo, ¿con qué compensaría estas pérdidas en el barrio mas ruidoso y aristocrático de Paris? Encerrado en un desvan, tendria que trabajar por cuenta de un librero que quisiera encargarse de la publicación de mis obras, sin tener mas consuelo que ver brotar de cuando en cuando alguna rosa en la ventana de mi aposento! Perderia lo que mas aprecio — la compañía de las plantas con las que me he criado. »

Estas razones, muy poderosas en el ánimo de un naturalista, son las que han prolongado por una resolucion voluntaria el destierro, que habia empezado por un acto violento. El señor Bonpland vive ahora en San Borja, el punto mas poblado de las antiguas misiones del Uruguay, como vivia antes en su deportacion en tiempo de Francia, y nada nos parece podrá arrancarlo al género de vida que ha adoptado y de que se muestra muy contento. Su constitucion robusta le hace sobrellevar con gallardía el peso de los años, y su viva imaginacion lo alimenta con la esperanza de poder llevar al cabo grandes proyectos que revuelve en su mente siempre activa y ocupada. « De aquí á uno ó dos años, » escribia hace poco á un amigo, « podré ocuparme de una chacra, y hacer una gran plantacion de árboles para hermosearla. Cuando estará concluida mi choza, le convidaré á venir á pasar conmigo los últimos años que nos quedan! » Estas ilusiones son envidiables. Lo que no lo es menos, es la amistad que le conserva el señor Humboldt, una de las grandes ilustraciones de este siglo, que tantos nombres célebres lega á la historia. Hemos tenido en nuestro poder la carta que le ha escrito, desde Berlin, para anunciarle su nombramiento de caballero de la orden real del Aguila roja de Prusia: carta tan llena de cariño y aprecio, que imposible hubiera sido hallar palabras mas expresivas para acreditar estos sentimientos.

Ni la edad, ni el aislamiento han entibiado en el señor Bonpland su amor al estudio y á la contemplacion

de la naturaleza. Cuando se hallaba privado de su libertad en el Paraguay, su única diversion era herborizar y recoger cristalizaciones, petrificaciones y minerales en los campos que lo rodeaban. Estos objetos, que llenaban cerca de cincuenta cajones, fueron embarcados á bordo de un buque de guerra, y enviados á los museos de París, como un certificado de vida del ilustre naturalista.

Ultimamente, el señor de Maillefer, encargado de negocios de Francia en Montevideo, recibió orden de su gobierno de comunicar al señor Bonpland una lista de algunos árboles del Paraguay, que la comision de agricultura creia que podrian introducirse y aclimatarse en Argelia. El señor Bonpland, que se hallaba accidentalmente en esta ciudad, llenó este encargo del modo mas satisfactorio. No se contentó con aumentar el número de las plantas, sino que á los nombres científicos agregó los que llevaban en el idioma guaraní, acompañando estas noticias con las instrucciones necesarias para su mejor cultivo y conservacion. Este trabajo ha merecido los mayores elogios de los que estaban en estado de apreciarlo.

En su corta permanencia en Montevideo, el que escribe este artículo tuvo el gusto de volver á ver y abrazar á su antiguo y honorable amigo el señor Bonpland, despues de una larga separacion de mas de veinte años; no diremos que estos años hayan pasado impunemente sobre su cabeza, pero nos fué de suma consolacion el ver cuán pocos rastros habian dejado de su pasaje (1).

PEDRO DE ANGELIS.

(1) El retrato que acompaña á esta noticia fué dibujado entonces.



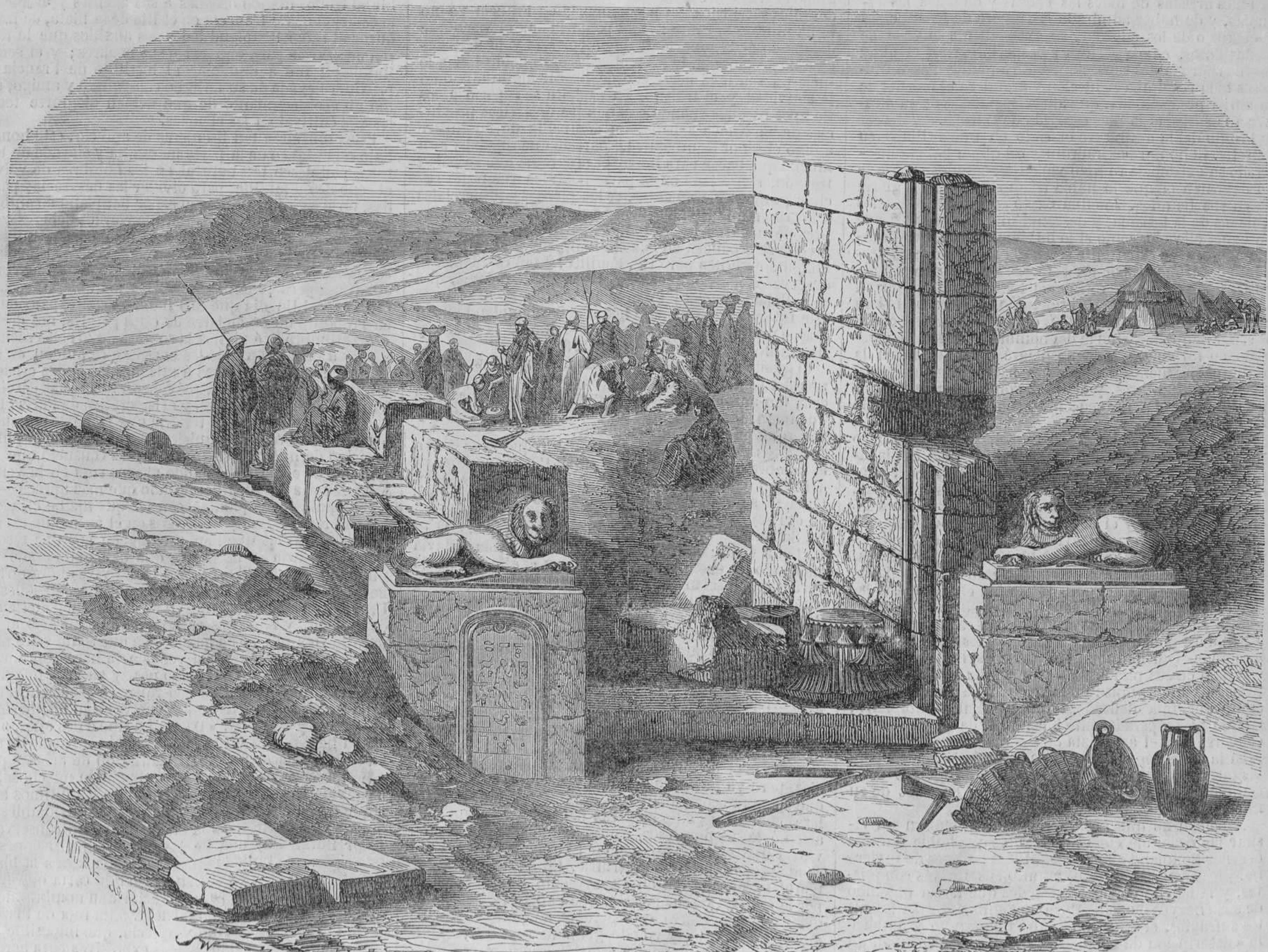
M. A. J. A. GOUJAUD BONPLAND.

Vista de una de las puertas del Serapeum de Menfis.

Una de las conquistas de la arqueología moderna ha sido el descubrimiento del Serapeum de Menfis, hecho en noviembre de 1850 por M. Augusto Mariette, conservador del museo egipcio del Louvre. Las obras continuadas activamente durante cuatro años á expensas del gobierno francés produjeron los mejores resultados, pero debieron interrumpirse á fines de 1854, cuando estalló la guerra de Crimea. No obstante, las excavaciones no habian dado todo lo que debia esperarse de ellas, y M. Mariette se prometia aprovechar la primera ocasion para aclarar algunos problemas cuya solucion debió aplazar á su regreso á Francia. Esta ocasion se presentó hace algunos meses, cuando M. Mariette, agregado á la expedicion de Egipto que trataba de emprender entonces el príncipe Napoleon, se anticipó prévia la demanda del virey para hacer algunas obras que debian añadir un interés mas al viaje proyectado.

Nuestra vista representa una de las excavaciones que ejecutó M. Mariette en diversas partes del Egipto por las órdenes y á expensas del virey. A cada lado se ven los restos de la torre cuadrada que adornaba la portada del Serapeum. Al pié hay dos hermosos leones. En lontananza se ven las tiendas del arqueólogo francés.

El autor de este dibujo es M. E. Barbot, pintor de S. A. el príncipe Halim-baja, hermano del virey. M. Barbot ha hecho, sin ninguna recompensa, de 1850 á 1854, todos los dibujos de los monumentos hallados por M. Mariette en Egipto, tanto para este último como para el Museo del Louvre.



EXCAVACIONES EN MENFIS. — VISTA DE UNA DE LAS PUERTAS DEL SERAPEUM, DESCUBIERTA ÚLTIMAMENTE.